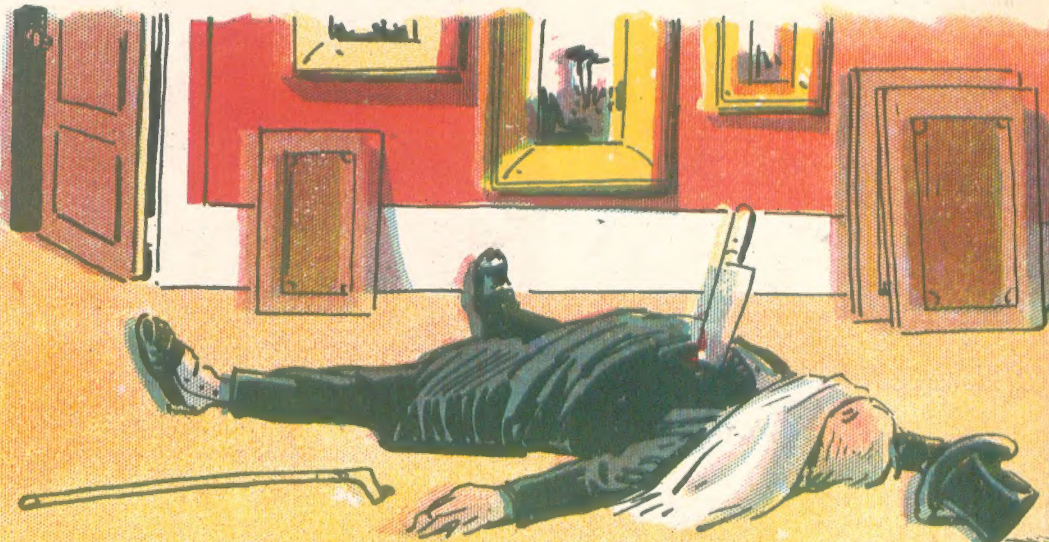
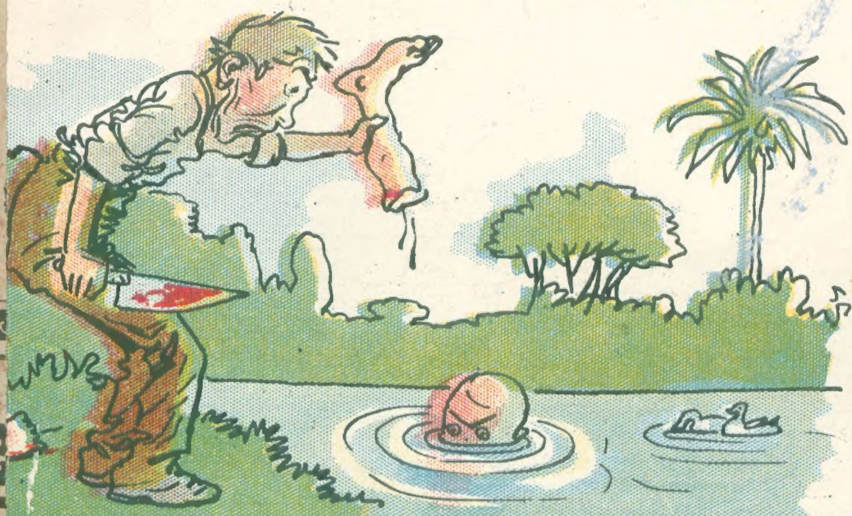
Fray Mocho



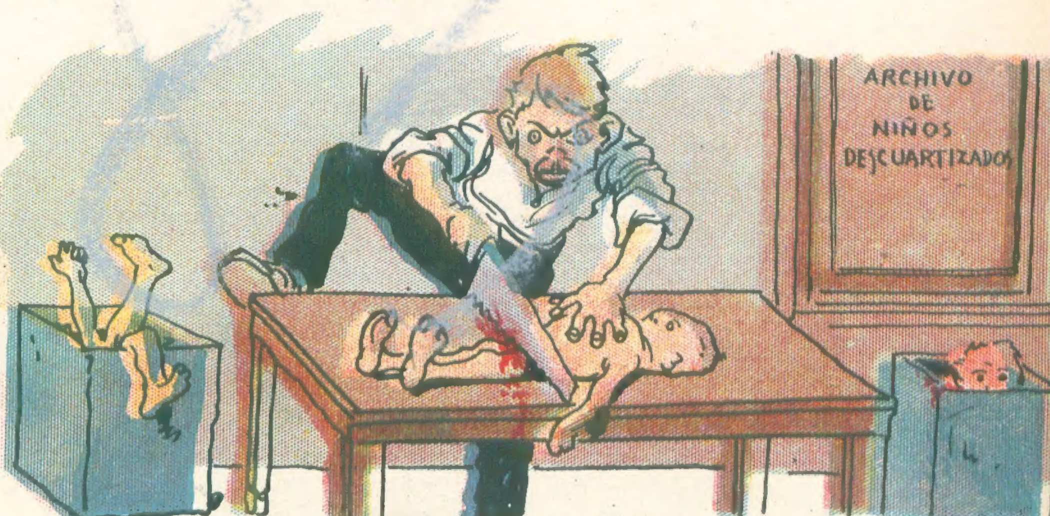
horrible crimen de la calle Camacuá, con elástico y martillo patentados.



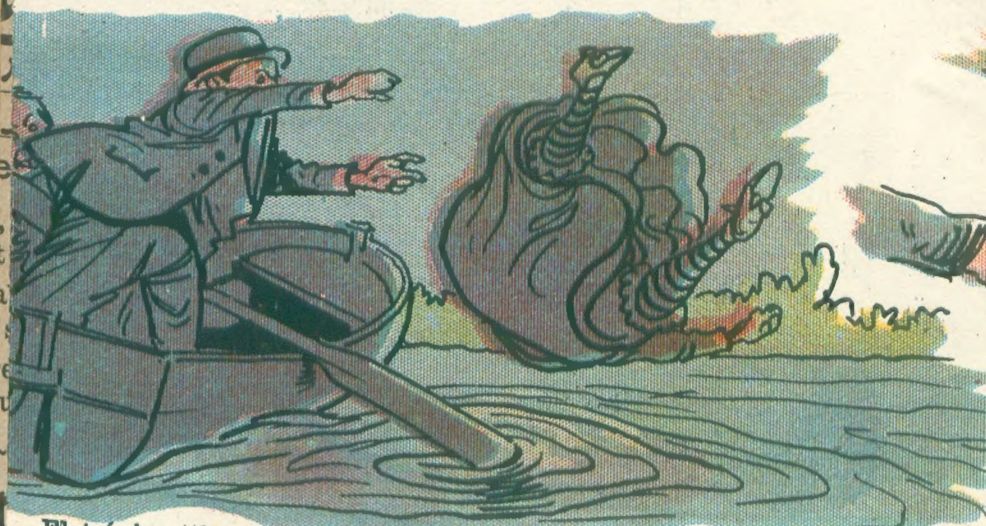
La galera de felpa o el misterio del cuarto de pinturas de la calle Bolívar



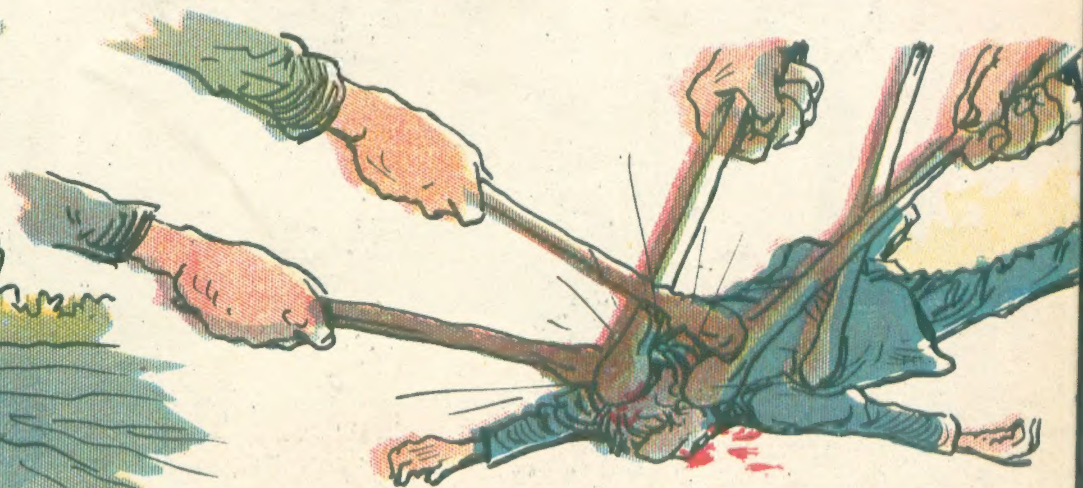
...es y con opción o el alemán desarticulado del lago de Palermo.



El perfecto despostador de pibes de la calle San Pedrito.



El trágico "looping the loop" de la mujer con medias rayadas o el asesinato del Tigre de Talabartería.



Picadillo para uno o el embolsado de la calle Los Patos Crónicos, n... meración turfística.



El alevoso crimen del chauffeur Romero.



Y mientras tanto, los padres devotos de las películas policiales llevan a sus niños al cine, para que se distraigan un ratito...





FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires, 9 de septiembre de 1919 | Núm. 385

Movimiento de traslación...

El sentido común, esta facultad preciosa que resistió siempre victoriosamente a los ataques de los decadentistas en literatura, de los fanáticos en religión, de los absolutistas y demagogos en política, etc., etc., parece que esta vez no se salva... Es muy frecuente oir, por esas calles, diálogos afiebrados, en que un pacífico ciudadano cuenta a otro cosas tan estupendas como las que no hace mucho escuchó el cronista en un tranvía y reproduce fielmente:

—¿Entiende usted algo de lo que pasa?

—¿Yo?... ¡Ni una palabra!

—Pero ¿ha oído usted decir que alguna vez ocurrió lo que hoy ocurre?

—Le diré... Cuando leí el Quijote, recuerdo que mientras estaba absorto en la lectura, me parecía lo más natural del mundo que un hidalgo con armadura de cartón embistiera carneros y agarrara a palos a los molinos de viento. Todavía, después de dejar el libro, me duraba un tiempo la chifladura, y buscaba por mi cuenta entuertos para deshacerlos, hasta que...

—¿Hasta que lo curaron con el bálsamo de Fierabrás?

—Este... Vea... Lo que le aseguro es que... También he leído otros libros... Santo y bueno que tirios y troyanos, que romanos y cartagineses, que etruscos y latinos...

—¡Horror!... No me hable... de los "latinos"... Los latinos tienen la culpa de la confusión reinante.

—¿Qué me dice?

—Sí, señor... La cosa empezó en el ministerio de instrucción pública... ¿recuerda? En fin, no me haga hablar...

—Al contrario, hombre, diga, diga, que vale la pena.

—Bueno, pero en secreto, porque...

No pudimos oir el resto de la conversación, tan misteriosamente continuó. Sin embargo, arriesgando un conflicto, el curioso estiró el cuello hasta sentir un calambre en las vértebras, y entonces oyó:

—El latín... la lata de la Defensa Agrícola, no es más que el preludio... Formalmente le aseguro que...

—¿Quién?... ¿El doctor Cabred?...

—Sí, hombre, sí... Está haciendo trabajos muy serios... El traslado es un hecho...

—¿Pero qué traslado?

—¡El de la casa de gobierno, hombre!

—¡La casa de gobierno! ¿Y qué tiene que ver con eso el doctor Cabred?

—¿Qué tiene que ver?... ja, ja...

—Bueno. ¿Y a dónde la trasladan?

Con un hilillo de voz, apenas perceptible, tanta era la sofocación de risas y toses, contestó el otro:

—¡Al manicomio!...

—¡¡¡...!!!

La canción de la duda...

Sin ministro de marina, sin un vocal en la Suprema Corte, sin administrador en la aduana de Buenos Aires, sin jefe en la Dirección general de correos y telégrafos, sin gobernador en varios territorios, sin... Parece increíble, ¿verdad? Lo curioso es que los puntos suspensivos encierran una cantidad respetable de vacantes en todas las ramas de la administración, desde las más humildes hasta las más señaladas, y... la gente tan fresca...

—¡Hombre!—decía un debutante en alacraneos políticos, no hace mucho.—A este paso, quedará probado que este es el gobierno de las vacantes...

Y mientras los chuscos ríen, y proclaman la inutilidad de todos los cargos administrativos y políticos, con gozo feroz de los maximalistas barbudos, ciertos espíritus meticulosos ponen las manos en el cielo, y a las estrellas por testigo, de que, ni las cosas navales marchan como deben marchar, ni mejoran las de aduana, ni las de justicia van, ni las de correos vienen, ni los territorios constituyen un modelo recomendable de prosperidad, gracias a las manos subalternas, cuando no incompetentes, que se posan en ellos...

Y todo por no decidirse...

LOS PROBLEMAS DEL TRABAJO



—Che, tú que eres ayudante, a ver si me das una manito.

La primavera vuelve

La primavera vuelve; mi vecina
que sale a su balcón llena de galas
me lo anuncia, lo mismo con sus alas
al rayar el azul la golondrina.

El jazminero ideal como el estambre
en el jardín, y la pequeña abeja,
y el trovador canario que se queja
ansiando amar en su prisión de alambre.

La primavera vuelve alegremente
con guirnaldas de rosas, y un ardiente
sol, que deja sus ígneas floraciones
en los viejos sauzales y en las palmas,
y un despertar de ensueños en las almas
de los que saben hilvanar canciones.

Vuelve con su esplendor la primavera;
se embellecen las aves, las corolas,
abre el sol las sangrientas amapolas
mientras besa mi frente la quimera.

Hay brotes en las parras; el sendero
que va a mi casa ofrece su poesía
y deja como una sinfonía
el viento en el florido duraznero.

Regresa tú también; está de fiesta
naturaleza; vuelve con tu cesta
y el blanco delantal lleno de encaje

a reir y a gozar entre la fronda,
yo te proclamaré mi diosa blonda
porque eres ya la reina del paisaje.

Félix B. VISILLAC.

¿Se sancionará en septiembre el presupuesto nacional?

La pregunta se formula con verdadera inquietud en todas partes. La comisión respectiva de la cámara de diputados ha presentado su informe, amplio y explicativo; cada uno de los miembros del congreso ha podido estudiarlo reposadamente y criticarlo a sus anchas; y hasta la colaboración periodística, como siempre ocurre, no ha escatimado sus observaciones, con frecuencia tan útiles para la obra legislativa. Todos saben, pues, a qué atenerse, y el tiempo apura. Si los señores diputados decidieran esta vez prescindir de inútiles discusiones acerca de la tardanza crónica del ejecutivo en someterles su proyecto; si todos convienen en que el fatal ejemplo del año pasado no debe ni puede hacer ley en un país que aspira a ser de orden, la opinión pública recibiría con aplauso la obra resultante. No es posible, en efecto, seguir en el desbarajuste administrativo, y sobre todo financiero, que supone a la ley de las leyes librada a una sanción tardía y, por añadidura, improvisada a escape. Si la colaboración del ejecutivo, por otra parte, se ejerce sin sublimidades extrañas a una tarea tan modesta, y al mismo tiempo tan seria, como la de alinear cifras en un cálculo de gastos y recursos, el cometido podrá llenarse tal como lo exigen las conveniencias del país y la buena marcha de los negocios generales. La novedad del impuesto a la renta, sería un flaco pretexto para mayores demoras. Después de un año de machacar con el asunto, cuando, desde hace rato, cada cual tiene formado su criterio para juzgar de las bondades o inconvenientes del sistema, poco hay que añadir en concreto. Finalmente, por desesperados que se hallen los diversos sectores de la cámara en el sentido de prodigarse galanterías a propósito de las moscas que vuelan, y por afligente que sobre todo sea la comezón de los oficialistas por echar tierra sobre sus contrarios, alguna vez, hombres de Dios, valdría la pena de ensayar actitudes más conformes con el interés del pueblo que paga y mira... Con quince días de volver y revolver el despacho de la comisión, habría tiempo sobrado para votarlo. No más de ese plazo, y en rigor, mucho menos, necesita el senado para despacharse con las innovaciones que guste, dando todavía lugar a que la otra cámara acepte o insista, de manera que antes del último minuto de septiembre, quede todo concluído. Y si así no sucediere, si la fatalidad que preside nuestros destinos, enredara la solución, y terminara el período ordinario de sesiones sin acabarse el presupuesto, convengamos en que el ejecutivo haría un flaco servicio a todo el mundo, si en lugar de prorrogar el parlamento, lo cerrara con su gesto habitual para convocarlo en plena canícula cuando nadie tiene gana de hacer algo...

LOS GRANDES DIBUJANTES

Unos minutos con el maestro Gibson

"No conozco a la mujer americana sino al través de las ilustraciones de Dana Gibson; y, sin embargo, creo que no me sería difícil precisar cuán grande es la fuerza de su espíritu; cuánta gracia hay en su gesto, y si es poca o mucha su sensibilidad: tal es el poder escrutador de este maestro de la pluma. Sus estudios de expresión, el efecto de sus cuadros, son esa cosa sutil que se diría la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual del trabajo."

Así se expresaba Ferdinand Brunetiere, en un artículo publicado en la "Revue de Deux Mondes", para describir al dibujante americano que todo el mundo conoce: Charles Dana Gibson, el artista que en los Estados Unidos ha realizado la unión de estos tres elementos soberanos: Verdad, Belleza y Arte.

Alto, recio, despejado con más aires de jefe de usina que de ilustrador sentimental, Charles Dana Gibson es un gigantón que, desde hace veinte años, sostiene el prestigio más serio del dibujo americano, y puede mirar por encima del hombro a las otras personalidades, que aquí o en el extranjero, han sido objeto de grandes alabanzas.

Le encontré embutido en el piso noveno de esa fábrica inmensa que se llama Carnegie Hall, verdadera colmena de arte, en la cual hay agrupadas tantas cosas, como las que a renglón seguido van: un teatro inmenso, por donde desfilan todos los astros del firmamento musical; dos salas de audiciones para conciertos menores; un centro femenino: un restaurant helvético, varios saloncitos para damas y unos ochenta o noventa estudios, distribuidos por los pisos superiores de la casa, donde centenares de profesores de todos los países del mundo enseñan música, pintura, declamación y otros puntos de arte, largos de enumerar.

En medio de estos estudios, entre arpegios sonoros y suspiros de clave, trabaja Gibson. ¡Bien está allí! Cuando entré, concluía uno de sus dibujos de la guerra, para la revista "Life".

El artista se puso de pie. Ante mis ojos se desplegó una figura gigantesca, un verdadero titán, que me dejó atónito, pues yo estaba lejos de suponer que el mago que ha vertido con tanto encanto el "secreto ardor de las vírgenes y la casta voluptuosidad de las madres", fuera un Goliat capaz de levantar muchas arrobas de peso, o de ganarle el título del boxeo al campeón Jess Willard.

Y aquí, permítaseme una digresión. Yo admiro a Dana Gibson. En cuantas obras de dibujantes americanos o europeos he visto, el trazado de sombras es uniforme, con rasgos de perfecta simetría: tantas líneas curvas a la derecha, para producir un efecto de sombra, por ese lado; y tantas otras, a la izquierda, para lo mismo, por el otro lado. Tal es la regla. Así se la observa y así parece bien. Dana Gibson, con su estilo genial ha prescindido de esa regla excluyendo la simetría. Sus cuadros tienen la gradación de tonos requeridos, pero no trazados según el cartabón expuesto anteriormente, sino con rasgos que traza de cualquier modo; aquí, allá; a derecha, a izquierda, en descuido gracioso, para lograr los efectos justos y felices que concibiera su visión.

Este modo de sombrear, que unas veces se aplica a una mano de distinción, otras a unos párpados delicados o a unos labios contraídos, reviste aspecto de maraña o de garabateo, y está hecho, aparentemente, con descuido craso, como si el autor hiciera escamoteos de técnica, al componer las unidades de un arte, cuya creación más necesita en aquel momento de técnica sutil y refinada.

¿Qué es esto? Simplemente maestría.

Deseando verificar "de visu" con qué grado de facilidad se producían los tales garabateos, supliqué al genial dibujante que no suspendiera su labor en los momentos que yo me encontrara allí. Así lo hizo y prosiguió trabajando.

Aquel hombrón hablaba con acción y volubilidad festivas. Sus brazos, hábiles, se extendían por el amplio campo del cartón y sombreaban apropiadamente los diversos episodios de la escena. Yo, desde atrás, fingiendo hojear un álbum con ilustraciones suyas, acechaba el mariposeo de la pluma para ver si descubría los garabatos de marras, objeto de admiración. De pronto, la mano, crispada, describe un breve zig-zag, y la fina pluma de acero chirría desesperada, como rata cogida por la cola.

Dijérase que el artista hubiera escrito algo en alguna parte de su composición. Yo sigo atentamente el zig-zag y veo el rasgo tortuoso, en toda su frescura. La impresión de que aquello es una firma se desvanece al punto, y la disposición del trazo asume la forma de una sombra, que estaba próxima a ser terminada. Naturalmente, haber visto el arabesco, no bastaba. Quise poner los puntos sobre las íes, y pregunté:

—¿Qué es eso, Mr. Gibson? ¿No marcha la pluma?

—Sí... es que estoy de prisa y hay que plumear rápido.

Con esta difícil facilidad trabaja Gibson. El detalle perfecto fluye de su pluma como un medio de expresión natural, tan natural en él, como lo es para otro la expresión literaria.

No pude menos de decir algo sobre lo de la sombra garabateada, estableciendo un parangón lisonjero entre este artista y los rivales que le galopan de costadito. Gibson ríe socarronamente y contesta en forma enigmática:

—¡Funny! Nunca hubiera pensado que se me viera así.

Mi interpelado es la apatía misma, en lo tocante a su reputación artística.

—Cuanto se conoce de mí, desde hace 25 años, agrega, ha pasado por la revista "Life". Ahí publiqué mi primer dibujo, y desde entonces hasta la fecha, soy el artesano infatigable que aporta su óbolo de sentimiento a esa publicación exquisita, que encarna una modalidad aparte en la vida americana.

Como yo observara que no quería utilizar para esta interview nada de lo ya conocido y publicado, manifestó que era forzoso hacerlo así.

—No existe en mi vida dato, aventura o episodio alguno—explicó—digno de la publicación. Mi única biografía son esos cuadernos de dibujos. ¡Abralos y hojéelos! Si le gustan, describa su espíritu o su forma. Si no le gustan, déjelos y haga como han hecho los demás.

Después me entregó un retrato y algunos dibujos con esta inscripción: "Nació en 1867, Septiembre 14".

Y este maestro gigante tiene razón. Hojeo su álbum y hallo que su biografía es la ejecutoria de un artista que posee el secreto de todas las gracias y distinciones de la mujer. Aquí, en una página, ha sorprendido los secretos fugitivos de la moda, exornados con el carácter permanente del arte; en otra, la estupefacción del bebé, sus manos sencillas y sus terribles enojos; allá, el "racconto" del chico aristocrático, de postura atlética y habitualmente de gran raza; más lejos, una serie de poemas, con gestos lánguidos, expresiones coquetas y perfiles graciosos...

Todas las manifestaciones de la acción y de la idea—acción e idea castas—están aquí en juego (en vano buscaríais en su pasado artístico un poco de ingenio que significara obscenidad). Es un conjunto de inspiraciones que deja una enseñanza fecunda.

Dana Gibson quiso también ser pintor. Desgraciadamente, el prisma de su imaginación, haciéndole ver más allá de lo real, le arrastró a los tonos extraordinarios y a las transparencias imposibles. Parece ser que la gran facilidad de que está dotado, menos le favorece que le ayuda. De ahí que nunca haya podido adquirir con calma y paciencia aquellas cualidades serias del pintor, que son las que valen en definitiva, y las que hacen imperecedera la obra de los grandes artistas.

José FREXAS.

DE OPINION CONTRARIA



El perro. — Seguramente fué un individuo bien rentado el que dijo: ''mal de muchos, consuelo de tontos''.

El lugar más caluroso del mundo, es decir, el lugar en que han sido oficialmente registradas las temperaturas más elevadas, está situado en el borde oriental del Valle de la Muerte, en California. La oficina de señales meteorológicas de los Estados Unidos tiene una estación allí, situada en Greeland Rauch, una área de terreno regado, propiedad de una compañía de Borax, a 178 pies debajo del nivel del mar.

En favor del matrimonio

A los que están reacios para tirarse a las aguas profundas del Himeneo, dedico estas filosofías del célebre Bourget, apto como pocos para psicologías matrimoniales:

Johnson asegura que el matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres.

Clemente de Alejandría añade que el celibato apaga en las almas el sentimiento de caridad.

El gran Michelet, el filósofo del corazón, dice que el hombre sin mujer y sin hijos estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia sin que llegara a saber una palabra.

El amor conyugal no necesita de misterios ni de ilusiones.

Es una llama que arde poco a poco, sin calentura, sin delirio.

Es un sentimiento profundo, un afecto que tiene por compañeros la amistad, la estimación y el desinterés. ¡Felices, muy felices, los mortales prendidos con semejante lazo!

Su existencia corre sembrada de flores.

He aquí cómo se expresa Voltaire en pro del matrimonio:

Mientras más casadas haya, menos crímenes habrá.

Regístrese la horrorosa estadística criminal, y se encontrarán cien solteros condenados por cada un padre de familia.

El matrimonio hace al hombre más virtuoso y más sabio.

El padre de familia no quiere avergonzarse delante de sus hijos, y teme dejarles el oprobio por herencia.

BENITO.

La prensa extranjera en los Estados Unidos

Actualmente se editan en los Estados Unidos 1.232 publicaciones en otros idiomas o dialectos que el inglés. Como podrá observarse, después de las publicaciones italianas, las más numerosas son las impresas en español. He aquí la lista de los periódicos, sin incluir los redactados en alemán:

Albaneses, 7; asirios, 4; armenios, 17; bohemios, 75; búlgaros, 5; coreanos, 2; croatas, 23; chinos, 18; eslovacos, 44; eslovenos, 18; españoles, 159; estonios, 2; finlandeses, 27; flamencos, 3; franceses, 48; galeses, 2; griegos, 30; hebreos, 67; holandeses, 22; italianos, 212; japoneses, 36; letones, 3; lituanos, 30; magiares, 44; nórdicodaneses, 62; polacos, 101; portugueses, 19; rumanos, 11; rusos, 15; servios, 14; sirios, 12; suecos, 81; turcos, 2; ugro-rusos, 7; ukranos, 10.

El origen de los dragones

Los dragones aparecieron por vez primera en el ejército francés hacia el año 1550. Antes de esta fecha, en Francia, cada compañía de gendarmes llevaba cincuenta arcabuceros a caballo, denominados "argoulets", que en caso de necesidad combatían pie a tierra. El mariscal de Brissac, jefe del ejército del Piamonte, fué quien por primera vez formó compañías enteras de estos soldados, a la vez jinetes e infantes, los cuales, para distinguirse, en vez del sombrero que llevaban las otras armas, usaban un gorro del que pendía por detrás una cola. Dióseles el nombre de dragones, y continuaron organizados en compañías hasta el año 1658, en que se creó un primer regimiento llamado de los Reales Dragones.

En cuanto a la etimología de este nombre, un escritor francés, Marcelin, en un curioso artículo publicado en 1868 en "La Vie Parisiense", dice así: "¿Os acordáis de ciertos estandartes romanos, terribles y amenazadores, en los cuadros de Lebrun, pero que en realidad debían ser bastante raros? Al extremo de una lanza se fijaba una cabeza de dragón de bronce dorado, con las fauces abiertas, y a continuación, el cuerpo del dragón de tela de púrpura con escamas de oro. El menor soplo de viento, entrando en las fauces, inflaba la tela y comunicaba al cuerpo extrañas ondulaciones. Los portadores de estas enseñas, soldados escogidos, llamábanse "draconarii", y cuando, hacia 1550, el mariscal de Brissac organizó sus compañías, el renacimiento había puesto el latín lo bastante a la moda para permitir esa erudita etimología".

Fallecimiento del inventor de la electrotipia

Silas Partridge Knight, inventor del procedimiento de electrotipia, murió el 13 de junio, en Brooklyn, N. Y., a los 98 años de edad.

El señor Knight nació en St. John's, Terranova, el 21 de enero de 1821. Antes de que hubiera cumplido los veintiún años de edad, se fué a Boston, donde inventó la electrotipia, procedimiento adoptado desde entonces en el mundo entero. Era tan pobre por aquel tiempo que no pudo reunir los pesos 10 oro que necesitaba para la adquisición de una prensa con que sacar un molde de cera del tipo. Lo obtuvo, sin embargo, poniéndose él mismo de pie sobre una matriz colocada sobre el tipo, y aumentando su propio peso con el de su mujer cargada en hombros. El experimento resultó un éxito, y en pocos años el nuevo invento fué adoptado por todas partes.

Fué Knight hombre notable por muchos conceptos. Al morir no representaba más de sesenta años de edad.

Plantas pescadoras

Las vesículas de que está provista la utricularia vulgar, una de las plantas más curiosas de las que habitan las aguas estancadas, ofrecen la particularidad de poder capturar y matar a los peces pequeños. Hace más de veinte años, se observó el hecho de que en un acuarium donde había un pie de utricularia y varios peces jóvenes, una docena de éstos fueron capturados por la planta en menos de seis horas. La mayor parte de los pececillos estaban cogidos por la cabeza, que habían introducido hasta el fondo de la vesícula; otros quedaron presos por la cola, y hasta se dió el caso de que un mismo pez quedó sujeto por los dos extremos por dos vesículas próximas.

Aunque el hecho, como se ve, no es nuevo, hasta ahora no se sabe la utilidad que la captura de los peces pueda reportar a la utricularia. Por de pronto, parece indiscutible que el pez no constituye un alimento para la planta, pues no se ha observado ningún indicio de proceso digestivo.

En cuanto a la forma en que se verifica la captura, es bastante curiosa. Las vesículas presentan un orificio con cuatro prolongaciones puntiagudas que se dirigen hacia el interior de la cavidad, como las puntas que se ponen en la boca de algunas ratoneras, y se comprende que si un pez mete la cabeza por la abertura, las prolongaciones le impiden retirarla y se clavan en las carnes a poco que el animal haga esfuerzos para escapar. El pez, apresado de esta manera no tarda en morir, y su cuerpo se descompone poco a poco. La fuerza de las vesículas es muy considerable; algunas atrapan peces diez y seis o diez y ocho veces más largos que ellas.

Tiburones gigantes

La ballena es indiscutiblemente el mayor de los seres que pueblan el mar, pero también hay una especie de tiburones que pueden compararse con ella en tamaño.

Estos tiburones gigantes son muy raros, y se llaman vulgarmente tiburones ballena. Su longitud es de quince o diez y seis metros, y vive en aguas de la India, Perú y Baja California. Hay otra especie de dimensiones iguales que vive en el Océano Artico.

Por raro que parezca, estos monstruos son inofensivos. Tienen los dientes muy pequeños y se alimentan de lo que flota en la superficie del mar.

Dr. SALABERRY.

SALINAS, PENSADOR

—"¡Qué descansada vida la del que huye del parlamentario ruido!"

FOOTBALL
en serio y en broma

La situación actual
por Marcelo GOBINAVASE

Los hechos que a diario se producen en nuestros fields como una consecuencia de la actual descomposición del deporte, no pueden ni deben sorprender a los que siguen de cerca el desarrollo del campeonato.

Esa lucha tenaz y a veces desesperada en que intervienen los clubs, se debe únicamente al descenso.

Todos quieren permanecer en la división superior y como el deporte se ha ido pervirtiendo poco a poco y su verdadero concepto ha desaparecido, no deben extrañar los procedimientos empleados para conseguir ese objeto.

Es fácil sobornar un referee; evitar su concurrencia a un match que pueda traer aparejada una derrota que precipite el descenso, en fin, no es común, pero ya se ha dado el caso de árbitros que se sienten atacados de cualquier dolencia precisamente en circunstancias en que de jugarse el match, uno de los cuadros resultaría lógicamente vencido por la calidad del adversario.

No sólo son los referees los que desempeñan un rol importante en el salvataje de los clubs. Intervienen otra clase de factores bien distintos pero no por eso desconocidos.

En el football hay también intereses de otra índole y de allí que esa lucha por la permanencia en la primera división sea encarnizada y nos ofrezca a veces espectáculos bastante repudiables.

Muchos son los clubs en que algunas personas adineradas han colocado un capital con el deseo de obtener sus ganancias. Han entrado en esos "negocios" quizá por ignorar que no es muy seguro obtener grandes beneficios, pero lo que han comprendido bien, es que un club colocado en la situación de descender ha de producir necesariamente la pérdida total de esas sumas invertidas.

El hecho es común y se ha generalizado tanto que no puede sorprender a nadie.

De allí viene desde luego esa situación afligente para algunos clubs. Las comisiones directoras han obtenido que algún simpatizante proporcionara varios miles de pesos para dotar al club de todo lo que era menester para estar en primera división; pero sea porque los jugadores no han respondido en la forma que se esperaba o también porque las entradas han sido insignificantes, el club se ha colocado en una situación afligente.

Hay que atender pues, a todos esos compromisos. El sport es secundario; lo que urge, lo imprescindible es conservar la permanencia en primera división cueste lo que cueste y empleando cualquier procedimiento.

El campeonato se desarrolla con toda lentitud, y aunque todavía nada se vislumbra respecto a los probables candidatos, ningún club quiere formar, en la nómina de aquellos a quienes corresponderá el descenso.

La lucha se hará pues, cada día más intensa y hemos de presenciar hechos verdaderamente extraordinarios.

Los clubs que hoy se titulan opositores y algunos de los llamados oficialistas están comprometidos en esa lucha por más que invoquen otros propósitos. No son tan malos los que gobiernan actualmente el football y nadie ha olvidado por cierto la actuación de los que hoy militan en la oposición. Todo se reduce al descenso.

¿Cómo evitar entonces esa lucha? A mi juicio haciendo que ningún club descienda.

AVENTURAS DEL REFEREE POCAGUITA, por Elías.



Juegan los del Club Bonanza un encuentro tan reñido, que Pocaguita no alcanza ni a hacer oír su silbido.



Grita el público y patea y como se va exaltando, tiene que salir "rajando", al comenzar la pedrea.



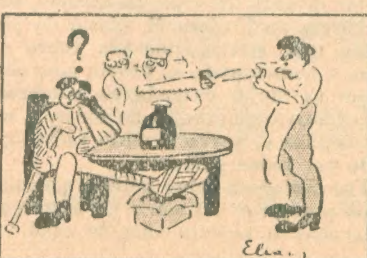
Y tuvo un acierto tal, que en medio de la sorpresa, se zambulle de cabeza en un profundo albañal.



La gente se arremolina junto a la entrada del pozo mientras pelaba el bufoso el vigilante e'la esquina.



Con dos sogas y paciencia, después de muchos sudores, lo sacan dos changadores y lo lleva la asistencia.



Y, consecuencia final, del match del field del Bonanza, Pocaguita casi alcanza los seis meses de hospital.

Pero se crearía entonces otra nueva situación y creo que ha llegado el momento de afrontarla decididamente.

De un lado colocar a esos clubs pecuniariamente fuertes y del otro a los que desean practicar el football como una sana diversión y sin más propósito que el del sport bien entendido. El público tendría entonces para elegir dos clases de espectáculos bien distintos, por cierto. Uno sería limitado, si se quiere, pero de una calidad muy distinta al otro en que el espectador concurriría abonando su entrada.

Entre simular el profesionalismo retrayendo a elementos buenos que se ven obligados a no actuar o provocar de una vez por todas esa división franca en el deporte, prefiero desde luego el segundo temperamento.

Se habría conseguido evitar esas rencillas que a nada conducen y tendríamos ocasión de presenciar siquiera un buen football, el que practicarían los profesionales y el otro a puerta cerrada, en que se pondría de manifiesto la habilidad y destreza de los que juegan por amor al sport.

Los dos espectáculos serían interesantes y habríamos conseguido no predicar en el desierto.

Lo que dicen los scores
por Agustín SELZA LOZANO

Durante el desarrollo del campeonato de primera división, suelen notarse con suma frecuencia, elevados scores, lo que demuestra que en ella actúan equipos de un poder mediocre.

En la vecina orilla, por ejemplo, los resultados de los encuentros son casi siempre menos desproporcionados, revelando así que el poder de los teams que actúan en la división superior, es más equilibrado que el de los nuestros.

Es necesario tener en cuenta que en Montevideo solamente son diez los equipos que juegan en la primera liga, y es por ello que rara vez se producen partidos cuyos resultados arrojen una cifra tan elevada de tantos, como ocurre en los partidos que se juegan en nuestra primera división.

En lo que va de la presente temporada, ya se han registrado algunos scores que son por demás elevados. Huracán, Porteño y Gimnasia y Esgrima de La Plata, vencieron por cinco goals a Defensores de Belgrano, Estudiantes y Estudiantil Porteño, respectivamente.

El score mayor de la temporada corresponde al Racing, que frente al Sportivo de Avellaneda, equipo que actúa en la división intermedia, se anotó 9 goals a 0, en el match por la segunda rueda de la copa competencia.

En la temporada de 1918, fué también el Racing, el cuadro que más goals señaló en un solo encuentro, con el Sportivo del Norte, a quien venció por 7 tantos a 0.

El Independiente, consiguió también en la última temporada, señalar 7 goals, en un solo partido, contra el F. C. Oeste (junio 23/918).

A partir del año 1915, cuando se llegó a la fusión del football argentino, actúan en la división privilegiada más de 20 teams. En la actualidad son 19 los cuadros que disputan el campeonato de primera.

Si a partir de esa fecha, se hace un detenido estudio sobre los resultados que arrojan los partidos jugados entre esos 20 equipos, se verá claramente la diferencia que existe entre los partidos jugados en ésta, antes de la fusión, y los que juegan en Montevideo para llegar a la conclusión de que es necesario reducir por lo menos a 10 los cuadros que han de disputar el campeonato de primera.

En esa forma habría quizá mayor uniformidad en el poder de los teams, y entonces los resultados nunca llegarían a alcanzar cifras tan elevadas, lo que traería como consecuencia lógica que los encuentros resultasen más reñidos e interesantes, a la vez que llevarían al ánimo del público un mayor caudal de atracción, por cuanto en la actualidad el que concurre a presenciar un match entre Racing y Eureka, por ejemplo, es escasísimo, pues, de antemano se prevee que el resultado debe ser favorable al Racing.

En cambio si deben medirse el Racing con River Plate, Independiente o Boca Juniors, las instalaciones de los fields en que el partido deba efectuarse, resultan insuficientes para dar cómoda cabida al público, que atraído por lo equilibrado del poder de los equipos, concurre a presenciar una lucha reñida, y durante su transcurso, ha de sentir emociones que no podría hallar en un partido en que el poder de los contendientes fuese desequilibrado.

Ayer y hoy
por Sester THORNE

Ante la consternación de los que vienen siguiendo al football argentino desde sus mejores épocas, se va perdiendo paulatinamente todo lo que fué motivo de orgullo y satisfacción.

No nos referimos, sin duda, a la tantas veces citada decadencia del juego. ¿Para qué? Ello, por sabido se calla, y por otra parte, es tan fácil la comprobación, que no vale la pena insistir respecto a lo que es evidente, y por eso mismo, indiscutible.

Es el caso, que este período peligroso porque atraviesa el football, ha envuelto también en su descenso, a otra serie de factores.

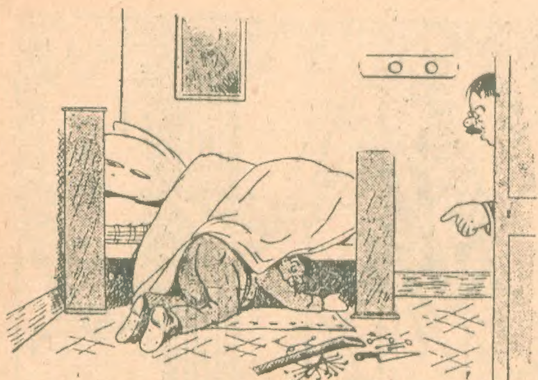
El balance nos demuestra que no sólo la técnica empleada por los equipos actuales es infinitamente inferior a la que distinguió a los teams de temporadas anteriores y que la corrección es los fields, es letra muerta para la inmensa mayoría de los footballeros, sino que también nos revela la pérdida de detalles que eran realmente simpáticos.

Y así, por ejemplo, los dos trofeos internacionales clásicos, del football rioplatense, las copas Ligton y Newton, tenían, además, un fin noble: el de la beneficencia pública, como que no en vano el primero de esos trofeos se denominó "copa de caridad".

Muchos miles de pesos se han dedicado con ese objeto, en atención a lo que se propusieron los respectivos donantes de las copas y en esa forma el football apareció vinculado a un móvil, al cual el público de Buenos Aires y Montevideo no fué indiferente. Pero los tiempos y las exigencias cambian y desde este año, según se nos informa, tanto el producido de la copa Ligton como el de la Newton, no se dedicará a esos fines de beneficencia.

Los porcentajes respectivos de las entradas irán a engrosar las arcas de una y otra asociación, y cabe significar, que tal como están las cosas del football en el Uruguay y en Buenos Aires, no valía la pena cambiar el simpático destino de esos fondos, aun cuando los donantes de las copas respectivas hayan otorgado la autorización necesaria para el cambio, más que por un convencimiento acaso por simple galantería. De cualquier manera, se quita así, a dos de los grandes matches internacionales, un carácter altamente altruista del que habrán de carecer en el futuro y que fué antes una característica sumamente simpática, que habría sido acertado conservar, como una buena tradición, al menos.

EL LADRÓN SE ABATATÓ



—Ya que está ahí, ¿quiere buscarme el botón del cuello que se me cayó ayer?

Las leyes de los puritanos

La reciente prohibición de consumo de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos ha sido motivo para que los opositores a esa ley recuerden repetidamente las ridículas disposiciones que hace dos siglos los puritanos implantaron en el distrito de New Haven, en ese país. La secta religiosa de los puritanos puede ser definida como una sombría asociación de gente biliosa para la cual eran pecados graves los más inocentes goces de la vida: enemigos de la sonrisa, de la alegría, de los pasatiempos, hasta de las actitudes que no revelaran un ánimo constantemente acongojado y angustiado, hicieron lo posible por convertir en un infierno la existencia, a pretexto de la salvación eterna, y si algunos la consiguieron, es de suponer que el reino de la bienaventuranza ha perdido sus atractivos con la presencia de tan fastidiosos huéspedes.

Las siguientes son algunas de las leyes puritanas, llamadas "Leyes azules de Connecticut", que revelan el espíritu de intolerancia y fanatismo de los puritanos:

"Nadie dará asilo a un cuáquero, adamita u otro hereje. Si alguien se vuelve cuáquero, será desterrado, y si regresa, condenado a muerte. Ningún sacerdote podrá habitar el distrito, será desterrado y, en caso de regreso, condenado a muerte. Nadie deberá viajar, cocinar, hacer las camas, barrer la casa, cortarse el cabello o afeitarse en día sábado. Ninguna mujer besará a su hijo en día sábado o de ayuno. El sábado religioso comenzará el sábado al anochecer. Cuando un acusado tiene cómplices y se niega a señalarlos, será sometido al tormento. Nadie podrá comprar o vender tierras sin permiso de las autoridades elegidas por la comunidad. Al borracho se le designará un tutor y se le privará de la libertad de comprar o vender. El que propague una mentira en perjuicio de su vecino será puesto en el cepo y castigado con quince latigazos. Los raptores de una persona serán condenados a muerte. Quien lleve trajes adornados con oro o plata o cintas pagará una multa de 300 libras. El deudor encarcelado que no posee bienes será puesto en libertad pero vendido para pagar sus deudas. El que introduzca naipes o dados en el territorio, pagará una multa de cinco libras. Nadie podrá leer libros de plegarias, observar los días de santos, hacer pasteles, bailar, jugar a los naipes ni tocar instrumento de música, a no ser el tambor, la trompeta y el arpa judía. Los niños que no reciban la conveniente instrucción, serán retirados a los padres y puestos en mejores manos, a expensas de los padres. Los cónyuges deben vivir juntos; en caso contrario serán encarcelados. Ningún hombre podrá cortejar a una joven, de palabra o por carta, sin el consentimiento de los padres. Los hombres deberán llevar el cabello cortado de la manera que indiquen los magistrados."

Dr. CHUPITEGUI.

La agonía de las rosas

Bajo el atardecer, frente al viejo jardín donde aprendí, siendo niño, el sentimiento de las caras frágiles, mi alma mira la agonía lenta de las rosas y piensa que mueren muy dulcemente, sin esa vulgaridad entristecedora de los hombres.

Conozco mucho ese viejo jardín que manos de mis abuelos cultivaron cuando en sus corazones florecía el amor, y quién sabe si en las mismas horas de crepúsculo en que me he venido a él para dar a mi espíritu el alimento del perfume, de la suavidad y del silencio, esos abuelitos se dieron muchos besos bajo esos mismos castaños donde yo he soñado tantas cosas. ¡Y quién sabe si ellos, en su afán de llenar la copa de cristal de la vida y del amor, no se apercibieron de esta agonía tan suave de las rosas! Seguramente ellos en sus idilios apresuraron la muerte de muchas flores recién abiertas, y seguramente por descuido o por falta de refinamiento espiritual, no llegaron a gustar la dulzura de esa muerte. ¡Oh! cómo comprendo ahora qué fastidiosa y qué vulgar es la muerte de los hombres, en un rincón penumbroso y solemne, sin ver el cielo, sin sentir una caricia de aire tibio y de perfume que refresque la última congoja de la vida...

Una rosa muy blanca que me recuerda las manos de una novia de la infancia se está poniendo pálida, tan pálida que da tristeza verla. Ya casi va a morir, porque ha inclinado su blancura hacia la tierra; ya casi va a morir, porque una flor vecina la está llorando.

Allá, hacia la mitad del jardín, están agonizando unas rosas azules... Así eran de azules los ojos de otra novia de mi adolescencia.

Y allá, en el rincón obscuro donde ha muerto el sol, han agonizado y continúan agonizando muchas rosas azules, blancas y rojas. Pero todo en silencio, muy en silencio, sintiendo el dardo invisible de la muerte sin dar un grito, arrojando por la herida abierta toda la sangre de sus venas: perfume... Así, en silencio, en un silencio, que sólo interrumpe de cuando en cuando el murmurio del hilillo de agua y el quejido de una que otra hoja seca que se cae. Así...

¡Qué grato es morir así, en el mayor silencio, viendo el cielo, sintiendo la caricia del aire, sin que nadie nos dificulte la muerte! Si los hombres pudiéramos entregar a la tierra el último aliento de la vida, así como las rosas, ¡qué dulce sería nuestra agonía!

Mauricio MAETERLINCK.

La marcha del caballero

Jinete en su alazán de largas crines
bajo un cielo plomizo de febrero,
marchóse a combatir mi caballero
a los bravos ejércitos muslines.

Cien nobles y esforzados paladines
vistiendo cota de bruñido acero,
perdiéronse en el polvo del sendero
al bélico sonar de los clarines.

Ocultábase el sol en los picachos;
las plumas bicolor de los penachos
flotaban como lábaros al viento.

El brillo de las lanzas, refulgía
y en pos del rico séquito corría
cual ligero corcel, mi pensamiento...

Rosario SANSORES.

LA ENCANTADORA EDAD MEDIA



La llegada del prisionero

La maldición del marino

La noche caía sobre una antigua taberna de marineros, derruída y sombría, a la orilla del mar. Muchas veces frecuenté ese lugar misterioso, ansioso de saber algo acerca de un extraño rumor que había llegado a mis oídos de una flota de galeones de la vieja España que aun bogaba, perdida y sin rumbo en los mares desconocidos.

Vana fué mi esperanza. Rara vez hablaban los marineros, y cuando lo hacían era en voz baja o con monosílabos o palabras cabalísticas que para mí nada significabam. Una noche, dispuesto ya a abandonar definitivamente mi investigación, un marino de extraño aspecto, con grandes aros de oro en las orejas, levantó la cabeza, bebió un gran vaso de vino y con la mirada fija en el muro comenzó, en alta voz, el relato de una historia famtástica.

(Más tarde, cuando la tempestad rugiente agitaba los muros derruídos de la taberna, la voz del marino se tornó más fuerte, y mientras más densa era la obscuridad, más ardientemente brilláhamle los ojos).

Y dijo el marino:

Hace muchos años, navegando en un barco de vela, llegamos a unas islas fantásticas, nunca tal vez vistas por los ojos de los hombres.

La tripulación del barco odiaba al capitám y era, a su vez, odiada por éste, con odio imparcial que no conocía favoritismos ni preferencias. A todos nos odiaba igualmente y nunca nos hablaba. Tan sólo, al anochecer, dirigía la palabra, con tono irónico, a los desgraciados que había hecho ahorcar en el palo de verga y que se pudrían allí lentamente.

Queríamos amotinarnos, pero el capitám era el único que poseía armas, y dormía con sus pistolas cargadas bajo la almohada.

Las islas a donde llegamos aquella noche tenían aspecto ominoso. Estaban al nivel del mar y parecía como si súbitamente hubiesen surgido del fondo del océano. No había en ellas arena ni rocas, y la hierba, una hierba aterciopelada, llegaba hasta el borde mísmo del agua. Encontrábanse allí algunas chozas pajizas de extraño aspecto. Sus techos de reseca paja llegaban casi hasta el suelo, retorciéndose en los extremos en forma curiosa. Pequeñas ventanas cuadradas de opacos vidrios dejaban filtrar una luz amarillenta. No había en los alrededores ser viviente ninguno, y era imposible adivinar qué clase de gentes habitaban allí; pero el capitán, que sí lo sabía, bajó solo a la isla y penetró en una de las chozas, cuya puerta se abrió sola ante su mirada intrépida.

La obscuridad era completa cuando regresó. Al subir al barco lanzó un saludo irónico a los ahorcados y nos habló con voz que llenó de espanto al más viejo de nuestros compañeros, al viejo Bill.

Al amanecer del día siguiente advertimos que había aprendido el secreto de una terrible maldición. Pasando por el lugar en que dormíamos, hízonos una extraña seña, ordenando a nuestras almas que, abandonando nuestros cuerpos, subieran a la cima del mástil. Y allí permanecimos, contemplando las estrellas y sufriendo un frío glacial. Quisimos amotinarnos, pero nada pudimos contra el fatal sortilegio. Las maldiciones del capitán eran cada vez más terribles...

Uno de los grumetes advirtió que el capitán no podía maldecir cuando estaba ebrio, aunque sí podía hacer uso de sus pistolas. Era, pues, simple cuestión de esperar y de resolvernos a perder dos o tres compañeros. Algunos de nosotros, asesinos por temperamento, deseábamos matar al capitán y arrojar el cuerpo al mar; pero el viejo Bill, cuya experiencia nos dominaba, prefirió que le abandonáramos en una isla desierta, apartada del tránsito marinero, con provisiones para un año. Sugestionados por el viejo Bill, decidimos aprovechar la primera orgía del capitán.

Pasaron tres días antes de que viniera, y en ellos sufrimos lo indecible, porque a cada hora inventaba nuevas y terribles maldiciones. El capitán enviaba nuestras almas a los lugares más inverosímiles. Una noche nos envió a la luna, y vimos allí paisajes horribles y sufrimos un frío intenso, devorados por el hambre y la sed. Y en medio de nuestro espanto temíamos, sobre todas las cosas, que nos enviara al infierno; pero el capitán no pensaba en ello. Y la angustia de ese temor indecible nos corroía el alma.

Al cabo de los tres días el grumete nos indicó que el capitán estaba ebrio. Fuimos a su aposento, y después de una lucha horrible, en que se defendió con tenacidad, lo atamos fuertemente. El viejo Bill se encargó de hacerle beber por la fuerza durante dos días más, hasta que encontramos una isla conveniente para abandonarlo. Al terminar el segundo día hallamos la isla: era un escollo desierto y sin rocas, cubierto de hierba, lejos de toda senda marítima. Llevamos al capitán maniatado, le dejamos allí con provisiones para un año, en igual cantidad a la que quedaba a cada uno de nosotros, porque el viejo Bill quería que todo se hiciera con plena justicia, y allí quedó, aparentemente tranquilo, tendido sobre la hierba, ebrio, cantando con voz ronca una vieja canción marinera.

Libres de aquella odiosa presencia, nos entregamos a una orgía grandiosa. Bebimos y comimos y nos preparamos para regresar a nuestra tierra, adonde debíamos llegar, pensábamos, antes de tres semanas. Durante una semana vivimos vida de príncipes, libres de las maldiciones del capitán. Al cabo de la semana llegamos a vista del puerto de Hulegedos y nos preparábamos para dirigirnos al muelle cuando de súbito el viento cambió y nos arrojó de nuevo al mar. Nada pudimos hacer contra aquella fuerza incontrastable, y al paso que muchos otros barcos y naves entraban al puerto, nosotros, como empujados por invisible mano, volvíamos a alta mar. Unas veces se apoderaba de nosotros una calma chicha y permanecíamos inmóviles, en tanto que a nuestro lado pasaban con rapidez alada los barcos pescadores. Otras, sin viento alguno, nuestro barco atravesaba las distancias con la rapidez de una flecha. Cruzamos mares desconocidos con angustia infinita. Economizábamos nuestras provisiones, temerosos de que el capitán, de cuyos sortilegios éramos víctimas, pudiera vivir más del año que le habíamos asignado. Y era horrible para nosotros pensar en la repentina frugalidad y sobriedad de ese hombre que a bordo se embriagaba con inaudita frecuencia y que ahora se mantenía incólume, como lo probaba la intensidad irresistible de su maldición.

Acabadas nuestras provisiones, hubimos de echar suerte... Y nos admirábamos de que el capitán no inventara nuevas maldiciones, y lo atribuíamos a la falta de inventiva que debe producir la soledad en un hombre abandonado en un estrecho escollo. Finalmente, desaparecida la tripulación, no quedaban sino el viejo Bill y Jack. Acechábanse a todas horas, no dormían. Y, dominados por el hambre, luchaban contra el sueño. Finalmente, vencido por la fatiga, el viejo Bill tuvo un desmayo, y Jack, lanzándose sobre él, quiso apuñalearlo; pero el viejo Bill, arrebatándole el puñal, se lo hundió dos veces en el cuerpo, echando a pique lo mejor de su carne. Y el pobre Bill quedó solo...

A la semana siguiente, a punto de perder toda esperanza, el capitán murió. A través de los mares, oyóse el rumor de su última maldición. Una hora después, el barco encalló en una gran roca.

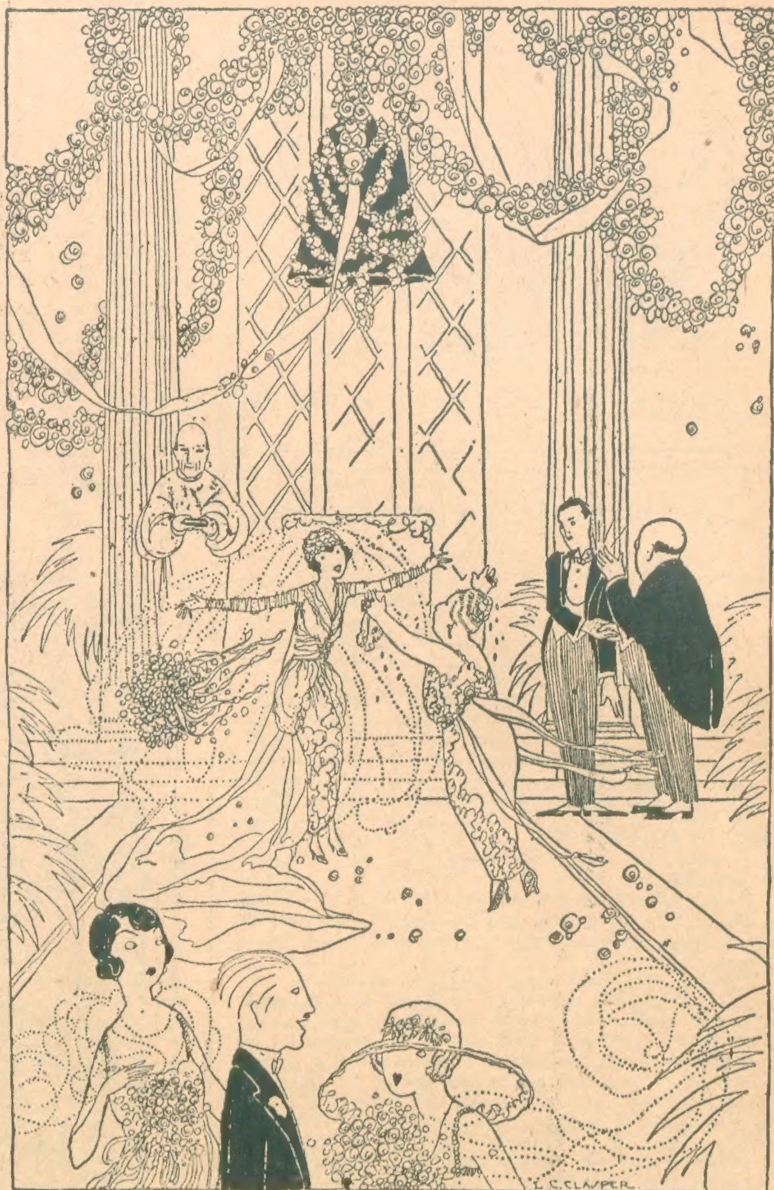
Hace ya cien años que el capitán murió y el pobre viejo Bill anda vivo en tierra; pero parece que aún subsiste la maldición del capitán, porque Bill no envejece más ni se da trazas de morir. ¡Pobre Bill!

Así habló el marino, y al terminar su relato, cuantos en la taberna le escuchábamos, súbitamente de acuerdo nos levantamos y le dejamos solo.

Y no fué solamente lo extraño de su historia, sino la espantosa mirada de sus ojos y el tono de su voz, que sin ser demasiado fuerte dominaba el clamor de la tempestad, lo que me decidió a no poner nunca los pies en esa antigua taberna de marinos, derruida y sombría, a la orilla del mar.

Lord DUNSANY.

LA SENSACIÓN DE ALIVIO



¡Por fin!

Del honor

¿Qué es el honor? Es un sentimiento que, sin considerar la utilidad personal, y aun despreciándola; sin fijarse en la utilidad social, aunque sin despreciarla, pero sin detenerse en ella; sin ''figurar él mismo'' en la lucha constante y minuciosa contra nuestras pasiones, nos persuade de que somos los esclavos de nuestra ''dignidad'', de nuestra ''nobleza'', de lo ''que nos distingue de ser juzgados por gente inferior a nosotros''; y nos asegura con firmeza que a esa dignidad, que a esa nobleza, que al sostenimiento de esa preeminencia, que ''al cuidado de no decaer'', debemos sacrificarlo todo, incluso la vida.

Bien claro resulta: no es el interés personal bien entendido, el interés ''personal general'', puesto que nos damos cuenta de que en ese juego a que nos convida el honor arriesgamos la supresión de nuestro ser; no es utilidad social, puesto que sentimos que, aun fuera de toda utilidad social, efectuamos actos penosos que sólo a nosotros satisfarán (y que acaso tengan una utilidad social, pero lejana, y en cuya consideración no entramos); no es el estoicismo, pues la lucha contra las pasiones y su vencimiento no es aquí el fin perseguido, sino el medio, y una condición necesaria por cierto, del fin que se busca, y puesto que se aspira a algo más elevado: en estar satisfechos de nosotros, no ''negativamente'', por la ausencia en nosotros de elementos malos, sino positivamente, por nuestra aptitud a hacer cosas que juzgamos bellas.

Se ha dicho que el honor es un sentimiento moderno y que los antiguos lo ignoraban. Es un error. Entre los antiguos, el honor se llamaba ''pudor''. En Tito Libio, el honor militar se llama ''pudor''.

Emilio FAGUET.

PUCHITOS

En Grecia, el movimiento vertical de la cabeza, que en todos los países es un gesto afirmativo, no quiere decir "sí", sino precisamente lo contrario, "no"; en cambio, el movimiento horizontal, en vez de sentido negativo, tiene el significado de sí.

El famoso novelista Alejandro Dumas tuvo por colaborador durante diez años a Augusto Maquet, escritor completamente olvidado por los lectores de Dumas. Según declaración del mismo Dumas, Maquet tuvo la parte más importante en las novelas que más fama le dieron. "Los tres mosqueteros", excepto algunas frases modificadas o algunos pasajes intervertidos, es una obra escrita completamente por Maquet.

En la antigua Roma se dictó leyes que obligaban a contraer matrimonio, bajo severas penas y declaratoria de incapacidad cívica, a los solteros menores de sesenta años. Al mismo Horacio, célibe a toda prueba, se le prohibió la entrada a los juegos seculares del año IX, a pesar de ser favorito del emperador. Entre los antiguos hebreos se maldecía, como a criminales, a los hombres que llegaban a los veinticinco años sin casarse. En nuestro tiempo, entre los santales, un soltero o un viudo que no se casa, es asimilado, en el concepto público, a un ladrón, y entre los aztecas, se afeita la cabeza al que se niega a casarse contando con edad para ello.

El doctor Roux ha comunicado al Instituto Pasteur, de París, un nuevo procedimiento para conservar frutas, sin necesidad de azúcar. Se toma ciertos frutos, como cerezas, grosellas, frambuesas, ciruelas y duraznos, y después de lavarlos cuidadosamente, se los pone en bocales completamente llenos de agua hervida o destilada, que después son cerrados herméticamente. Lo importante es que no quede dentro ninguna burbuja de agua. Las frutas así preparadas se conservan perfectamente frescas y sin perder su perfume, durante un año.

Los metodistas norteamericanos han resuelto realizar una subscripción que, según sus cálculos, producirá ciento veinte millones de pesos oro, que serán destinados a obras de beneficencia social, educativas y religiosas. Será la subscripción más grande del mundo llevada a cabo por una institución no oficial. En los Estados Unidos solamente, los metodistas tienen el propósito de erigir 2.506 construcciones nuevas y modificar 1.035 (iglesias, residencias de misioneros, escuelas, hospitales, establecimientos de caridad, etcétera).

En los primeros siglos del cristianismo era común adivinar el porvenir por medio de la Biblia, "bibliomancia". El procedimiento consistía simplemente en abrir el Nuevo Testamento al azar y considerar como una predicción y regla de conducta lo que decía la primera línea que se leyera. Se llamaba a esta práctica "Sortes Sanctorum", o suertes de los santos. En el siglo V varios concilios prohibieron la bibliomancia considerándola reliquia de las supersticiones paganas. Efectivamente, los griegos y los romanos solían prácticarla empleando las obras de Homero y de Virgilio. Todavía acostumbran recurrir a este cómodo medio de decidir la suerte, los mahometanos de Turquía, que abren el Corán y se guían por lo primero que leen, como si el texto tuviera alguna relación con el asunto que les preocupa. Dícese que algunos jueces turcos usan de este procedimiento en los casos difíciles.

Las letras I. H. S. que figuran en muchos símbolos y atributos de la Iglesia católica, denotan el nombre y la misión de Jesús y fueron creadas por San Bernardino de Siena, que las hizo colocar en lo alto de la puerta principal de la iglesia de Santa Cruz, en Florencia, el año 1347, poco después de desaparecida la terrible peste que asoló esa ciudad. Tienen el siguiente significado: "Iesus hominum salvator" (Jesús salvador de los hombres) o "In hoc salus" (en él está la salvación).

Los relojes de bolsillo, o, mejor dicho, los relojes pequeños de mano, fueron inventados siglos después que los relojes de torre. Los primeros fueron fabricados en Nuremberga, en 1477. Por cierto que se parecían muy poco a los actuales, tanto por su forma como por su utilidad. Algunos de ellos eran muy pequeños, tenían forma de pera, y se los llevaba engarzados en el puño de un bastón. Marcaban el tiempo con relativa arbitrariedad, pues la exactitud en la marcha de los relojes sólo se consiguió con el resorte de espiral de acero, inventado en 1658.

No se ha explicado todavía por qué algunos cadáveres humanos se conservan larguísimo tiempo, y hasta siglos, mientras otros se convierten en cenizas a los pocos años. Del primer fenómeno, notable porque no se ha empleado ningún procedimiento artificial de conservación, se cuenta casos sorprendentes: La tumba de Eduardo I, de Inglaterra, que murió en el año 1307, fué abierta el 2 de enero de 1770 y se halló el cuerpo íntegro, con la carne adherida a los huesos y sin estar descompuesta, al cabo de cuatrocientos sesenta y tres años. El cadáver de Canuto el Danés, que se posesionó de Inglaterra el año 1017, fué encontrado en perfecto estado de conservación, como si la inhumación hubiera sido reciente, siete siglos después, el año 1766. Lo descubrieron varios obreros que trabajaban en la catedral de Winchester.

Una definición concisa y acertada de los grandes poestas ingleses: Chaucer describe los hombres y las cosas como son; Shakespeare, cómo serían bajo circunstancias supuestas; Spencer, como deseamos que fueren; Milton, como deben ser; Byron, como no deben ser, y Shelly, como no pueden ser.

Un juguete de los niños, ahora un tanto olvidado, es el más admirable de los aparatos por la maravillosa variedad de bellas imágenes que brinda. Nos referimos al caleidoscopio. Consiste sólo en un tubo, un espejo, un vidrio esmerilado y cierta cantidad de trocitos de vidrios, plumas, papeles de colores, etc. Suponiendo que el aparato contenga veinte trocitos de vidrio y que uno ejecute diez cambios por minuto, que se obtiene con sólo mover el tubo, se necesitaría el inconcebible espacio de 462.880.899.577 años para que se produzcan todas las imágenes que según un riguroso cálculo matemático puede dar el caleidoscopio. Es mejor, pues, colocar en el tubo sólo doce pedacitos de vidrio, a fin de tener tiempo de ver todas las combinaciones, las cuales se verificarían en 91 años, a razón de diez por minuto.

El único animal doméstico que no existe en estado salvaje es el camello de una jiba, que algunos llaman dromedario, aunque equivocadamente, pues dromedario es sólo un camello de carreras sumamente ligero, y no un camello cualquiera. Los demás cuadrúpedos domésticos tienen todos representantes salvajes.

Los antecesores montaraces del asno, se encuentran en la Nubia. En el mismo país y en Abisinia vive el gato salvaje, de donde se derivan nuestras razas domésticas. Carneros y cabras monteses hay en casi todas las montañas de Europa y Asia. Los desiertos de la Dzungaria son patria de un caballo de tipo primitivo, completamente salvaje, y análogo a los progenitores del caballo doméstico. El jabalí, antepasado del cerdo, habita los grandes bosques de Europa. Una raza de toros salvajes se encuentra en los grandes cotos de Escocia, y hasta del camello de dos jorobas se encuentran individuos salvajes en la Mongolia.

El otro camello, en cambio, el de una sola joroba, sólo existe en estado de domesticidad, a pesar de ser el animal que menos conforme parece estar con el mismo estado.

Según un estudio de Mr. Horace E. Thomas, publicado en la revista "Scientific American", la industria de aviación norteamericana emplea preferentemente para la construcción de aeroplanos una especie de pino, llamado "sitka" que forma bosques inmensos en los estados de Wáshington y Oregón.

El "sitka" es un árbol gigante cuyo tronco llega a tener 3.50 metros de diámetro y una altura de 55 metros, estando las ramas más bajas a unos 25 metros del suelo. Para la construcción de aeroplanos, se obtienen de estos árboles tablones de 12 metros de largo por 15 centímetros de ancho y 5 de espesor, empleándose en algunos aparatos hasta 60 tablones de esta clase.

Un destacamento de la aeronáutica militar, establecido en Portland (Oregón), bajo las órdenes de un coronel, está encargado de la corta y preparación de la madera para enviarla a los talleres de aviación. Los trabajos comenzaron en noviembre del año anterior con 3.000 hombres y actualmente hay empleados 10.000 que disponen de 400 vagones para el transporte.

La columna de hierro más antigua del mundo es una que existe en la India, a unos 16 kilómetros de Delhí, y cuya antigüedad se remonta a 300 años antes de nuestra Era. El curioso monumento fué erigido por un rajá llamado Prithy Raj. Es decir, erigido precisamente, no; más bien debiera decirse clavado. La columna, en efecto, no es más que el extremo superior de una gigantesca barra de hierro hincada en tierra hasta una profundidad de ciento veinte metros. Según la tradición india, su punta está clavada en la cabeza de la tortuga que, en opinión de aquellas gentes, sostiene el mundo sobre sus espaldas.

Se han formulado una porción de hipótesis sobre los motivos que pudieran mover al rajá a hacer obra tan extraña y difícil. Probablemente, los consejeros de Prithy Raj le harían creer que clavando la tremenda pica en la cabeza de la tortuga, podría afirmar su poder para siempre.

La columna tiene grabadas algunas inscripciones en palí y en árabe.

CARTELES DE RECLAME



—¡Qué lindo paisaje!

POR QUÉ ES SOLEMNE EL MATRIMONIO



El traje de novia

Libros de títulos idénticos

Sólo en la literatura francesa moderna,—por no contar a la de los demás países, que harían la lista interminable,—los autores coinciden con asombrosa frecuencia, en dar un mismo título a su libro. Por supuesto que no se trata de plagio, sino de simple casualidad, pero siendo tan inmensa como el número de palabras de un idioma, la variedad de títulos que pueden elegir los autores, no se explica que recurran a los mismos ya empleados por otros cuyas obras no deben ignorar. Los siguientes son algunos de esos títulos, seguidos por los nombres de los autores que los emplearon para sus libros: "El Idolo", Caro, Mérat, Perret, Vindex; "La Debacle", Claretie, Zola, Etievant; "Tierra prometida", Gozlan, Brot, Moleri, Bourget; "La sirvienta", Colet, La Fontaine, Edgy, Geffroy; "Miosotis", Moreau, Bastien, Saint Alban Bayan, Cham, Busnach; "Gabriela", Ancelot, Desnoyers, Augier; "Genoveva", Lamartine, Karr, Naquet, Gyp, Germain, Pressensé; "Juana", G. Sand, Boulé, Breton, Dumas, Deschatre, Bianquis; "Magdalena", Dorval, Soulié, Marfond, Sandeau, Lebrun, La Lande, du Pontavice, Didelon, Vesprée, Sigaud. En general todos los nombres de mujeres han servido de título a varios autores. "La Dama Blanca", Guyet, Bres, Formont, Morphy; "El Dinero", Zola, Guerville, Bonjour, Perdu; "Mis ocios", Willaume, Violart, Campos, Beley, Dechenaux, etc.

Son también innumerables los títulos semejantes, contrarios o invertidos, por ejemplo: "Mentira" y "Mentiras", por Brucker y Bourget; "La novela de un joven pobre", por Feuillet; y "La novela de un joven rico", por Hardy; "Más fuerte que la muerte", de Maupassant, y "Más fuerte que el amor", de Nouy; "Las siete cuerdas de la lira", de Sand; y "La lira de siete cuerdas", de Autran.

Las abejas como arma de guerra

Por extraño que parezca, la Historia registra dos casos auténticos, en los que se emplearon abejas como armas de defensa en la guerra.

El primer caso ocurrió en el sitio de Themiscira, en el Ponto, durante una guerra que sostuvo Lúculo contra Mitrídates. Los romanos hicieron grandes trincheras fuera de las murallas de la ciudad, en las cuales reunieron máquinas para hacer trabajos de zapa, etc., pero los de Themiscira, tuvieron una idea feliz. Abrieron pozos encima de las minas que estaban abriendo los enemigos, y les echaron osos y otras fieras, y además, enormes colmenas con numerosos enjambres de abejas.

La segunda vez que se emplearon las abejas para tan extraordinario uso, fué cuando los dinamarqueses y noruegos atacaron a Chester, que defendían bizarramente los sajones. Por ambas partes se usaron toda clase de estratagemas, pero la victoria no se decidía por ningún bando, hasta que los sajones, después de recoger todos los líquidos que encontraron a mano, los arrojaron, hirviendo, sobre los sitiadores, y luego les tiraron encima todas las colmenas que había en la población. Ante aquellas armas inesperadas los dinamarqueses y noruegos no tardaron en abandonar el campo y alejarse de Chester.

UN DESCONTENTO



—Ni siquiera han puesto en la obra un perro sabio: sería el único rasgo de inteligencia que tendría.

Privilegios de condecoraciones

Las condecoraciones suelen otorgar al condecorado curiosos privilegios. La Legión de Honor, la codiciada condecoración francesa, protege a sus propietarios contra el encarcelamiento. Si comete un delito un miembro de la Legión de Honor no puede ser sentenciado hasta que lo expulsan oficialmente de la Legión. Esto lo hace el juez, diciendo: "Habéis faltado a vuestro honor y en nombre de la Legión os expulso solemnemente de sus filas". Después de lo cual la ley sigue su ordinario curso.

La orden rusa de la cruz de San Andrés, que fué fundada en 1698 por Pedro el Grande para incitar a los nobles a realizar actos de valor en la guerra con Turquía, lleva o llevaba consigo un curioso privilegio. Cualquiera de sus caballeros podía, una vez en su vida, pedir el perdón imperial para un compatriota suyo sentenciado a muerte.

Un crítico poco alentador

La manía de escribir largas composiciones y hasta libros en los cuales se ha omitido intencionalmente una letra, favorita en otros tiempos entre los literatos ociosos, llegó también a Persia. Un individuo leyó al celebrado poeta Jami una poesía de que era autor el que la leía. Jami opinó francamente que era mala.

—¿Mala? Eso quiere decir que usted no ha observado cuál es su mérito: la letra *Aliff* no figura ni una sola vez.

—Si es un mérito—repuso Jami,—puede usted hacer algo mucho mejor: suprima todas las letras.

EL RELOJ DE LISA

Era yo acreedor, por cerca de treinta mil liras, de la noble familia Vicarelli di Battaglia, que de su antiguo esplendor caía a la ruina, a causa de gastos excesivos y mala administración. Desde hacía dos años no percibía un céntimo de intereses. Tuve paciencia, rogué, solicité; por fin, impulsado por la estrechez de mi modesto presupuesto, recurrí a las vías judiciales y obtuve un embargo. Battaglia está tan lejos de mi residencia habitual y yo suelo estar tan ocupado, que para cada gestión con los hermanos Vicarelli tuve que confiarme por entero a mi excelente abogado de Monselice, al cual comunicaba todos los escritos que me llegaban acerca de este desagradable asunto. Por desgracia, no podía endosarle también las incómodas visitas con que me honraba de vez en cuando un viejo de Padua, que se hacía anunciar "Doctor Molesin" y que solía enviarme cartas interminables, firmadas "Angel D. Molesin, consultor legal". Este señor se me presentaba siempre con informaciones, propuestas, o consejos, ya en nombre de Vicarelli, ya en nombre de otros acreedores, o invocando al depositario de los bienes y finalmente por cuenta propia, y casi como por una amistosa solicitud por mis intereses, por un deseo virtuoso de la justicia y del bien.

En realidad, no tenía ningún interés personal en el asunto en que se había entrometido en calidad de consultor de una vieja, tendera de Padua, acreedora también de los Vicarelli. Jamás me pidió dinero, pero supe que los Vicarelli se quejaron una vez o dos de los gastos que originaban las consultas, viajes y cartas del Doctor Molesin. Con el depositario se cansó pronto, y en cierta ocasión me lo denunció como un pillo de siete suelas, describiéndome sus hazañas con esa temible prolijidad con que llenaba hojas y hojas de prosa curialesca, aburrida y sembrada de despropósitos. El otro, por su parte, me pintó al abogado Molesin como un vampiro. En cuanto a mí, llegué a persuadirme de que los dos caballeros eran harina del mismo costal. El amarillento doctor Angel era de una harina bastante mal cocida, aunque amasada hacía más de cincuenta años. Tenía el cráneo pelado, con algunas guedejas grises detrás de las orejas sucias y lustrosas; en la cara descarnada, terrosa, y en los ojos profundos, una expresión fija de malhumor bilioso; las manos huesudas y negras. Llevaba siempre el mismo sobretodo color marrón, el mismo pañuelo rojo y amarillo en el cuello, los mismos pantalones grises y se podía sospechar que siempre la misma camisa. Parecía una figura odiosa y respetable de honesto profesor pedante, enemigo de la juventud, del amor, de la risa, de la luz y del agua. Carecía de modales obsequiosos, las sonrisas y los cumplimientos no eran asunto suyo; algunas veces le costaba sacarse el sombrero aun dentro de mi despacho. Muy penetrado de su competencia, cuando se dignaba favorecerme con algún consejo, adoptaba un acento sensible de estimación por sí mismo y de compasión para mí. A pesar de su rudeza exterior, poseía indudablemente una gran facilidad para pegarse a la gente. No sólo el espinoso fruto del castaño, sino también ciertas semillas ásperas, frutos áridos y malignos de los prados montañeses, se adhieren así a las ropas. Se había metido en nuestro asunto capitaneando a la mercera y había concluído por adherirse a todos, acreedores y deudores. Evidentemente, sus gestiones oficiosas no tenían más propósito que el de alargar las cosas, para dar tiempo a Molesin a viajar otro rato entre Padua, Monselice y mi residencia, consultar con Ticio y con Cayo y procrear sus monstruosas epístolas de caracteres acompasados y sutiles, cuya sola vista me causaba náuseas.



Mi excelente abogado de Monselice, hombre precavido contra las artes "molesinas", apuró las cosas al punto que, en una de las citaciones judiciales con los hermanos Vicarelli, el juez dispuso que el 10 de octubre se vendiera en remate los bienes hipotecados. En los últimos días de septiembre me llegó otro de los habituales sobres color naranja con los caracteres repelentes del amigo Molesin.

Se lamentaba, en tres páginas, de mi impetuoso abogado, y me rogaba, en otras tres, que hiciera postergar el remate hasta el 10 de noviembre, porque era probable que en esos días se solucionara el asunto amistosamente. En seguida me explicaba, en otras seis páginas, cómo los Vicarelli estaban tramitando un préstamo de diez y ocho mil liras con el Banco Popular de Treviso y se hallaban en trato para la venta de una casa, con un señor Zonca, negociante en leña, establecido en Padua, en las afuera de la Puerta Codalunga. Si las gestiones que se le habían confiado llegaban a buen término, mi crédito sería saldado sin más trámite en su capital, intereses y gastos. Envié la carta a mi abogado, el cual me aconsejó que requiriera informes en el Banco Popular y del señor Zonca. Resolví entonces trasladarme a Treviso y a Padua.

Desconfiaba del abogado Molesin, pero hasta entonces no había supuesto que resultaría un pillo tan audaz como el que descubrí. En el Banco Popular de Treviso no habían oído jamás hablar ni de él ni de los Vicarelli, y en Puerta Codalunga ni en ningún otro barrio o suburbio de Padua existía firma alguna llamada Zonca.

El pillo había jugado una carta peligrosa, para sacar un poco más de dinero a sus víctimas, especialmente a los Vicarelli, que habrían tenido que pagar los gastos consecuentes a la renovación del remate. Me dispuse a hacer de modo que el famoso doctor Molesin pagase las cuentas. Me dirigí a Santa Sofía, donde sabía que tenía su casa, y pronto hallé junto a una puertita verde el nombre conocido: "Angel D. Molesin, segundo piso". El había salido, pero su esposa, que vino a abrirme en persona, al oir mi nombre, me aseguró que el abogado volvería pronto y me hizo pasar a un saloncito, donde su hija, una niña de trece años, se hallaba bordando. Había en el aspecto triste y aseado del cuartito, en la simetría escrupulosa del escaso mobiliario y hasta en los vestidos obscuros de las mujeres, la expresión modesta, aunque contenida, de

gente bien educada, en medio de la pobreza. La señora de Molesin, pálida figura ascética de ojos de oveja, contaba evidentemente, en el rostro exangüe, cuarenta y cinco años de mansedumbre constante; su voz era quebrada y desanimada: una mísera insipidez de palabra. En cambio, la niña, más bien alta y esbelta, tenía un rostro singular, atrevido, iluminado de inteligencia y de voluntad, no sin cierta altivez naciente en los ojos.

—Siéntese,—dijo la señora, la oveja ascética, sentándose a su vez silenciosamente, con las manos juntas sobre las rodillas, la pollera tendida en abanico sobre el canapé y el busto erguido. Yo miraba las paredes y ella la ventana. Y este incómodo entretenimiento duraba desde hacía tres o cuatro minutos, cuando la señora, sin abandonar su actitud solemne, interpeló a la hija:

—Lisa, ¿no te dijo nada papá cuando salió?

La niña, que ya había lanzado a su madre más de una ojeada de descontento, tal vez porque no me enviaba a pasear, se encogió de hombros, meneando la cabeza, y no contestó ni levantó los ojos de su labor.

—Está muy ocupada con su trabajo, señor,—dijo la madre, como para suavizar mis impresiones.—Es un regalo para su papá, una imagen del Angel de la Guarda, porque pronto será el día de su santo. Haz ver al señor lo que estás haciendo, Lisa.

Elisa se puso roja como una brasa, frunció el ceño y sacó un relojito de plata como para dar a entender que tenía que hacer algo urgente que la obligaba a salir de la habitación. Pero yo, incómodo en esta escena, me puse de pie antes que ella, dije que volvería más tarde y pregunté a la señora dónde podría hallar a su marido.

—No podría decírselo. ¿Qué hora es, Lisa?

—Las dos,—contestó Lisa con brusquedad.

—Es posible que esté en el juzgado. Por lo demás, a las seis cenamos...

Al oir las palabras de la madre "es posible que esté en el juzgado", la niña me clavó la mirada como si hubiese querido adivinar mi pensamiento. No comprendí el porqué de esa mirada y me retiré sin el honor de haberla saludado.

En el juzgado un portero a quien pregunté por Molesin me miró de una manera poco halagadora; otro, que oyó, sonrió. Me enteré al cabo de que desde hacía algún tiempo el señor Molesin, por orden superior, tenía la entrada prohibida en el juzgado. En otro tiempo solía concurrir generalmente por remates que se tramitaban en el tribunal. No era abogado, ni doctor, ni nada; ni siquiera había visto las puertas de la Universidad. Para verle bastaba ir al café Sócrates a eso de las tres. Sospeché entonces la razón de la mirada de Lisa y por qué el sutil amigo se firmaba D. Molesin y no doctor Molesin. Me dirigí al café Sócrates; habría ido quién sabe hasta dónde por pescarlo.

El cráneo pelado, el pañuelo rojo y amarillo, el sobretodo marrón estaban allí, en un grupo cerca de la puerta. Me aproximé:

—¿Doctor Molesin?

El cráneo pelado se alzó y vi pasar por la cara biliosa y austera una sombra de angustia que pronto se desvaneció.

—Servidor, señor, servidor... ¿Ha recibido mi carta?

Contesté que precisamente había venido para entenderme con él acerca de la postergación del remate; que accedía a ella, aunque después de recibida su carta no había tenido conocimiento de nada nuevo. Antes de desenmascarar al pillo quería cerrarle toda puerta de escape. Me contestó que no había nada de nuevo. Saqué su carta y le rogué que me leyera un párrafo de ella cuyo sentido no había entendido bien. Era el relativo al comprador de la casa. Molesin lo leyó exactamente: Zonca, en las afueras de Puerta Codalunga.

—Bien,—le dije exabrupto,—hágame el servicio de acompañarme hasta Puerta Codalunga para ver a ese señor Zonca. Quiero convencerme de que es un comprador serio.

—¡Y muy serio, señor mío!—repuso Molesin disponiéndose a tomar su café.—¡Y pregunta si es serio!—agregó con un gesto sarcástico y como hablando consigo mismo.—¡Pues no faltaba más! ¿Ha creído acaso que voy a hablarle de un comprador por broma? ¿Qué ha soñado?

Repliqué con energía:

—Será un capricho, un mal agüero o lo que usted quiera. Pero usted debe acompañarme a ver al señor Zonca.

Molesin recobró en seguida su naturalidad, opinó que se trataba de pasos inútiles, pero puesto que no era más que eso tendría el placer de satisfacerme. Pagó el café con toda flema y se puso de pie.

—Vayamos,—dijo,—después de todo, será mejor que usted mismo hable con el señor Zonca.

Miró el reloj y agregó:

—Ahora lo hallaremos con toda seguridad.

—¡Al diablo!—dije entre mí,—sería bueno que ahora apareciera el señor Zonca... ¡Qué papel he hecho!

Pero el amigo Molesin, al salir del café, se dirigió hacia el lado de Santa Sofía.

—¿Por aquí?—exclamé.

Me contestó, sin disculparse, que tenía que pasar por su casa para advertir que prepararan la comida para más tarde. Eran las tres y media y su mujer me había dicho que cenaban a las seis. ¡Vaya, pensé, ahora lo tengo agarrado! y me preparé para el golpe que Molesin intentaría para escapárseme.

Hubiera querido subir con él la escalera de su casa, pero no hallé un pretexto plausible, y me detuve en la puerta, preguntándome si el pícaro no aprovecharía de algún escalón roto para romperse una pierna y meterse en cama. Después de cinco minutos, como nadie bajaba, subí. A mitad de la escalera vi llegar muy agitado a Molesin que exclamaba:

—¡Qué fatalidad! ¡qué fatalidad! Poca suerte tenemos,—agregó al encontrarse conmigo.—Acabo de hallar sobre mi mesa una carta del señor Zonca en la que me dice que renuncia a la operación. Por consiguiente...

Por consiguiente, lo tenía agarrado.

—Bien, le dije,—deseo hablar dos palabras con usted.

—Como guste,—contestó cortado, y me hizo pasar a su despacho por la salita que conocía. Estaba todavía allí el bastidor de la niña, pero ésta había desaparecido.

UNA VICTIMA



Este es el cliente que va a la peluquería una vez por mes.

Molesin me invitó a sentar, se caló un venerable birrete negro bordado de oro y se instaló en su trono, un solemne sillón de magistrado, entre la biblioteca y la mesa-escritorio cubierta de códigos en hilera, de carpetas atadas, de notas, de sobres, de tinteros, de portaplumas, arreglados en perfecto orden.

Oiga,—comencé diciendo,—usted escribirá ahora mismo a los Vicarelli diciéndole que el remate debe tener lugar en el día fijado.

—¿Por qué?—repuso Molesin,—aunque la venta ha fracasado, queda el préstamo. Es siempre una suma respetable que irá a sus bolsillos.

—Escriba,—insistí,—que el remate debe tener lugar en el día fijado. Además le ruego que escriba que usted desea retirarse completamente de este asunto, por motivos personales.

Molesin me miró estupefacto.

—No comprendo.

—Escriba,—repliqué,—yo le dictaré.

—El abogado Molesin, señor,—exclamó,—no escribe bajo el dictado de nadie.

—Si usted no escribe, escribiré yo.

El tono de mis palabras fué tal, que Molesin se puso de pie mirándome fijamente con los ojos turbios de mala conciencia; parecía un delincuente que sospecha que su interlocutor es un agente de policía.

—Sí, escribiré yo,—continué,—que el señor Angel Molesin se retira porque no hay préstamo, porque no hay venta, porque no hay comprador ni nada.

Molesin entornó los ojos bajo el golpe que recibía y calló. Volvió a abrirlos, pero no turbados: el hábil esgrimista sabía de qué lado venía el ataque y en un segundo, con los ojos cerrados, se preparó para desviar el golpe.

—Calma, calma, señor,—dijo con su acostumbrada y odiosa expresión protectora.—¿Ha estado usted en Treviso?

—Sí, señor.

—Bien. Lo comprendí. Lo comprendí inmediatamente cuando lo vi en el café. Y seguramente usted ha ido a Padua para ver al señor Zonca.

—Sí, señor.

—Bien, bien. Lo comprendí en seguida. ¿Y acaso se imagina que ha sorprendido en una intriga a una persona honesta? Lo felicito, señor; es muy astuto, pero....

Se detuvo y alzó la mano como para pedir que no se le interrumpiera. Sonrió, meneó la cabeza y continuó con voz baja, lenta, solemne:

—Pero usted no ha pensado que para combinar el préstamo y la venta en las condiciones de los Vicarelli es de todo punto necesario el mayor secreto; y que si los Vicarelli me pedían, como me han pedido, que no dejara entrever los nombres verdaderos ni siquiera a usted y hasta que evitara sus averiguaciones, yo tenía el deber de hacerlo por el propio interés de usted, porque un acreedor asustado como usted, que se entremete aquí y allí, habría hecho fracasar todo, sin quererlo. Hay prestamo, hay comprador. Pero, por supuesto, es inútil ir a averiguar a Treviso e ir a buscar a un tal señor Zonca. Reconozco que he fraguado una carta del tal Zonca, pero fué, como usted lo comprenderá, para no malograr el éxito del negocio. Después de todo, ¿qué es lo que ha hecho hoy usted conmigo? ¿No ha estado simulando hasta este momento?

—¡Oh!,—exclamé,—¿por quién me toma usted? He ido también al juzgado y sé con qué clase de persona estoy tratando, qué clase de abogado es usted y en qué asuntos anda metido.

Pareció aniquilado; apenas pudo balbucir algunas palabras incomprensibles. En ese momento, la puerta del estudio, que se abría hacia afuera, a un lado de la mesa-escritorio, se abrió bruscamente, pero sin ruido. Molesin no lo advirtió, no pudo ver a su hija, de pie con la mano en el picaporte, fija la mirada en el padre y lívida como una muerta, lívida como el padre. Pero este vió el gesto que yo hacía al volverme hacia la puerta y miró a su vez. No logró recobrar del todo la serenidad; empero, sonrió y dijo:

—Adelante, querida, ¿qué quieres?... Esto ha concluído.

La joven soltó el picaporte y la puerta se cerró lentamente.

—No; no ha concluído,—continué en voz baja.—Usted...

—¡Mi hija!—exclamó Molesin, alzando los brazos,—¡mi hija!

Sospeché que era hombre capaz de vender a su hija; pero no había necesidad de mímica para hacerme respetar un sentimiento sagrado.

—Escriba a los Vicarelli,—dije.—Y retírese. Yo no hablaré. Observe que no puedo tener mayor consideración. Buenas tardes.

Salí. En la salita no había nadie. Entrando en el corredor que conducía a la escalera, oí, en una habitación contigua, la voz de la señora de Molesin, y a la derecha, a Lisa que intentaba inútilmente abrir una puerta cerrada y la sacudía convulsa. Al verme, corrió, huyéndome, hacia la salida de la escalera, que estaba abierta. Alguien pasaba por la escalera para ir al tercer piso. La niña se deslizó en el pasadizo y desapareció. La seguí. A un lado del último tramo de la escalera había un rincón obscuro, en el que se amontonaban algunas tablas. Lisa se había escondido allí; la descubrí acurrucada en un rincón, vuelta la cara a la pared, sacudidos los hombros por mudos sollozos, en un palpitar de pajarillo moribundo. No tuve valor para dejarla así, sabiendo que era yo la causa de su pena. Me acerqué y la llamé dulcemente, mas no dió señal de haberme oído. La toqué con la punta del índice; se estremeció, tembló toda y se recogió como tocada por una serpiente. Entonces le pedí disculpas, en voz baja, del dolor que le había ocasionado, dije no sé qué cosa para disculpar a su padre y atribuirme la culpa, pero tuve que callar, porque al oir mis palabras se debatía gimiendo. ¿Qué hacer? Ante todo, alejarme de allí, como en efecto me alejé. En ese instante oí la voz de la señora de Molesin que llamaba:

—¡Lisa ¡Lisa!

La niña se volvió rápidamente, desconcertada, mostrando los ojos enrojecidos, pero sin lágrimas.

—¡Lisa! ¡Lisa!—llamó de nuevo la madre, esta vez bajando por la escalera.

Lisa se quedó un momento inmóvil, y en seguida, con la súbita rapidez del rayo, sacóse del seno el relojito de plata, lo arrojó al suelo y se inclinó para recogerlo junto con los pedazos de vidrio.

Sólo entonces se encaminó lentamente, con los pedazos del reloj en el hueco de las manos, pasó delante de mí como una sombra, y subió la escalera al encuentro de su madre, sollozando amargamente.

Antonio FOGAZZARO.

Eugenia Zúffoli

Notable tiple cómica que ha actuado durante largo tiempo en los teatros bonaerenses, donde ha sido admirada por su belleza y por sus relevantes dotes artísticas. La voz cálida y dulce que posee Eugenia Zúffoli, hace de esta tiple una excelente cantante, que se oye con agrado por la exquisita afinación y delicado timbre que sabe imprimir a las notas musicales.

Su actuación escénica siempre fué brillante y no hay duda de que, cuando reaparezca nuevamente en nuestros teatros, sabrá despertar otra vez los entusiasmos y aplausos de sus muchos admiradores.









AVIACIÓN



El nuevo triplano Caproni, con capacidad para 25 personas, además del piloto y ayudantes. Se le empleará en un servicio regular de transporte de pasajeros entre Milán, Roma y Nápoles.



El teniente del ejército italiano Eduardo A. Olivero, argentino de nacimiento, recientemente regresado al país, después de haber prestado brillantes servicios en el Isonzo y el Piave, como piloto aviador.

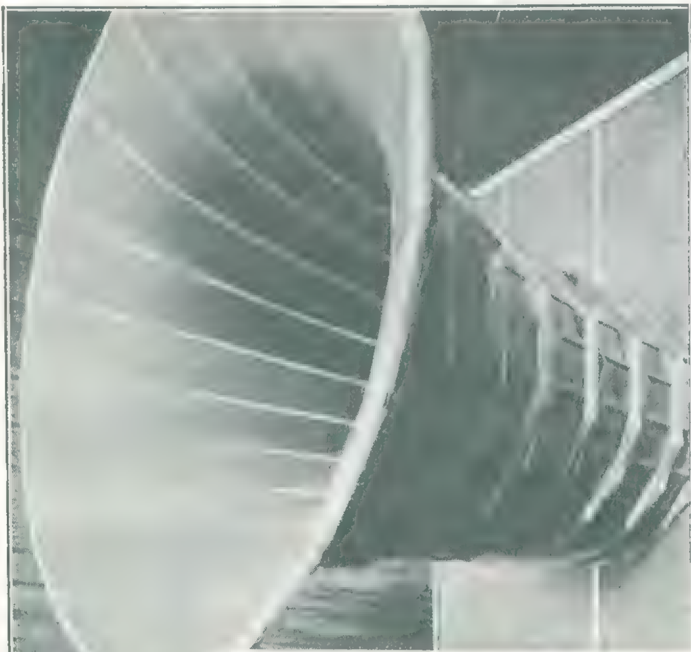


Biplano Airco D. H. H. con cabina para dos pasajeros, utilizado por el mayor Kingsley, en sus notables travesías, y que pertenece a la empresa de aeronavegación The River Plate Aviation Co., acabada de constituir en nuestro país.



Tipo de máquina ligera, con capacidad para dos plazas, y apropiada para uso de particulares y estancieros, que la The River Plate Aviation Co., dirigida por el mayor Kingsley, introducirá al país. Este modelo de biplano, provisto de doble comando, ha sido adoptado por la mencionada compañía para que los alumnos realicen el aprendizaje durante la instrucción de pilotos.

ACTUALIDAD EXTRANJERA





Este embudo de 17 pies de diámetro es el extremo de un aparato empleado en una fábrica de aeroplanos norteamericana para probar la resistencia de los aeroplanos a las corrientes de aire. Por el embudo desemboca de un túnel de 85 pies de largo una ráfaga violenta que producen grandes hélices movidas por un motor de 400 caballos.



Este gigantesco ciprés existe en un cementerio cerca de Santa María del Tule, en el Sur de Méjico. Según los naturalistas, es el ser viviente más antiguo que existe. Se le ha calculado una edad de cinco mil años. Por consiguiente, ha sido contemporáneo del primer rey de Egipto de que se tiene noticia histórica. Cuando vivía Jesucristo, tenía el árbol tres mil años. No muestra todavía señal de decadencia. Fué descubierto por Humboldt hace un siglo.



Prisioneros de guerra alemanes trabajan en Blerancourt, Francia, en la reconstrucción de las casas que destruyeron.







En las poblaciones devastadas del norte de Francia. Después de cuatro años que carecieron de pan blanco, llega la primera remesa.



Tres carteles antimaximalistas, difundidos en las calles de Berlín por la Asociación para la lucha contra el bolshevismo.

El encanto del Neuquen

(De la última excursión fotográfica del señor Emilio B. Morales)



Río Moreno. Sale de los lagos Moreno, por entre los cerros Capilla y Llao Llao, para unirse al lago Nahuel Huapí frente al golfo de la Tristeza y cerro Capilla. Sus riberas están pobladas de arrayanes.





Conocido paraje de la Peulla, sobre el lago Esmeralda.



Las margaritas de la Victoria.
Demostración elocuente de la
hermosura de la flora en Puer-
to Anchorena. Las paredes es-
tán recamadas de hermosas
flores.

Hermosa vista del lago
Nahuel Huapí, con sus
islas en el centro de las
aguas. En primer térmi-
no un árbol quemado,
que los temporales de-
rriban.

Lagos Moreno Este y
Oeste; cerros López, Ca-
pilla y Millaqueo; laguna Blest
na Silva; brazo Huapí.
del lago Nahuel desde el
Vista obtenida cerro, a
cerro Campanario altura.
1.100 metros de en los
Abajo se observan ci-
grandes bosques y co-
presales, alerzales
liguales



NOTAS ROSARINAS



Una de las mesas instaladas en el Círculo Italiano durante el lunch servido en la recepción de los aviadores italianos, acto que se llevó a efecto el 31 del pasado.



Un detalle de la fiesta organizada por la nombrada institución, en homenaje a los miembros de la misión militar aeronáutica italiana.

Exposición Chinchella Marín



Señor Benito Chinchella Marín, pintor marinista que, bajo el patrocinio de la Sociedad de Beneficencia de la capital, expone actualmente sus obras en el salón Florida 537.



Banquete de carácter popular, servido en honor de los aviadores italianos, y realizado el domingo de la semana anterior.



Aspecto que ofrecía la sala del cinematógrafo La Bolsa, durante la función organizada en beneficio de los marineros del crucero "Southampton".



Concurrencia que asistió al acto inaugural de la Sociedad Empleados de Bancos, efectuado el día 29 del mes pasado.

Fot. Gaspary



Recepción llevada a cabo en el local del Banco de la Nación, como un acto de homenaje hacia el señor Guillermo Erausquin, con motivo de su reciente jubilación y retiro del cargo de subgerente de dicha institución.

UN POCO DE COLOR
De la vida de Gavazzo Buchardo

Estamos en plena temporada de exposiciones de pintura. Agosto y septiembre son los meses consagrados a la exteriorización pública de los colores. Si usted echa a andar por la calle Florida, tropieza a cada cuadra con un cartel saliente, en el cual se lee: "Exposición Fulano". Casas hay que albergan las obras de tres virtuosos del pincel. En este caso, enfoca usted: "Exposición Fulano, salas I y II; exposición Mengano, sala III; y exposición Zutano, sala IV". Algunos artistas sacan en efectivo algo limítrofe con el gordo de navidad, vale decir, perciben no pocos centenares de pesos, al contado Antonio F. Piñero; otros, apenas consiguen para sufragar el renglón... Marco Aurelio Avellaneda. Se sabe de afortunados como Peláez, Chinchella Marín, etcétera. Los críticos de arte, de parabienes. Tienen trabajo a diario. Elogian, revientan, aconsejan. Como ocurre con la crítica teatral, expositores que dejan que desear a los señores críticos, venden por lujo, y otros, en cambio, ensalsados o "bombeados" hasta más allá de la coronilla del Aconcagua, se quedan afeitados y sin compradores.



En la brecha.

Días pasados, un amigo de este convento periodístico nos llevó a engomar un whisky etiqueta solferino al bar de su devoción. Un chuppinghouse frecuentado por gente que vive del color.

—No; para el señor, un whisky Johnie Englander, etiqueta solferino, y para mí, un senador Cinzano con Bitter Hugo parlamentario.

Nuestro amigo también es de la cofradía pictórica. Cojea por el lado de la acuarela, su fuerte.

—Ese joven que se encuentra parado en la esquina, al parecer, esperando el tranvía, es J. M. Gavazzo Buchardo, primo del popular cronista de turf. Ha poco que regresó de Europa.

—¿De "Gechú"?...

—Sí, de Gualeguaychú. Es pichón. Reciencito cumplió 30 años. Tiene cartel. Sobre todo es un artista sincero. Pinta para él y se ríe de los críticos que pulverizan por amor al arte de reventar. Y no escribe mal. Promiscua... ¿Por qué no le hace usted una nota en MOCHO.



"Femme au lapin".



Rumbo a su taller.



"Mater", proyecto de vitrail.

—Afirmativa.

—Yo le voy a ahorrar buena parte del trabajo. Gavazzo Buchardo se inició en La Plata, en época oligarca. Después a Madrid, pensionado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Concurrió a la Real Academia de San Fernando, y luego, ingresó al estudio de López Mezquita. Dos años largos en la madre patria. De Madrid a París. Llegó a la capital francesa al despuntar el año 1915, cuando, ¿recuerda?...

—Los boches arrollaban...

—En París trabajó con Denis, Serusier, Valoton y Roussel, bajo el ruido del cañoneo no muy lejano. Y aquí te quiero ver, escopeta.

—¿Herido?

—No; muerto financieramente. Al principio la pensión era de 500 francos. Con esta cantidad vivía a los tirones, pero vivía. Poco tiempo después le podaron la pensión. Del primer corte, 100 francos, y del segundo, 150. Total: 250 francos para darse vuelta en una ciudad donde un señor huevo de gallina valía dos francos, una taza de caldo cinco francos y un franciscano pancecillo de correcta munición todo un ojo. ¿Qué hacer?

—¿Pintó casas?

—¿Casas? ¡Aeroplanos! Además pintó coches y autos, enceró pisos, trabajó en una herrería, fué obrero de una fábrica de municiones, atendió el ascensor de un hotel, e hizo caños de cemento armado. Todo un hombre orquesta... Y llegó a ganar hasta 30 francos diarios, poco plata, si usted tiene en cuenta que un almuerzo de 3.ª categoría importaba 20 francos. Pero no colgó los pinceles del arte durante su intermezzo de carne de taller. Se daba maña para pintar en las horas de descanso. Terminada la guerra, resolvió atravesar nuevamente el charco. No hubo caso de repatriación en 1.ª clase. Su travesía fué en extremo estimulante: vino en calidad de ayudante de comedor.

Blue PENCIL.

En favor de las víctimas obreras causadas por los sucesos de la semana de enero



De izquierda a derecha: señorita Dorila Mantecón y señoras Nina V. Decliman, Juana C. de Colombo, Josefina L. de Mantecón, Enriqueta B. de Feijóo y Carlota de Imas, que constituyen el comité pro víctimas obreras organizado por el Centro Femenino del Partido Socialista y Agrupación Femenina Socialista. — Durante el reparto de auxilios, realizado el martes anterior, entre las personas damnificadas.

Después del malón hipolitista a Corrientes





La gendarmería de policía de la capital ostentando el lamentable estado en que ha tenido que recibirla el gobierno del doctor Contte, de manos de la intervención que presidiera el señor Giuffra. De esta fuerza, que carece de vestuario y hasta de armamento, pues sólo cuenta con unos 30 rifles, se destacan muchos guardianes semi-uniformados, y se les destina a prestar servicio en las calles de la ciudad, provocando la consiguiente irrisión pública.



Soldados del ejército que hicieron entrega del servicio policial y desempeñaron la vigilancia de la cárcel mientras duró el imperio de la intervención.



La custodia carcelaria habilitada para un hacinamiento de cerca de trescientos penados, formada con elementos del nuevo gobierno falaz y descreído.

UN DRAMA EN LAS NUBES

Dormir me era imposible. Hacía tres días y tres noches que no pegaba los ojos. Había hecho presa de mí una excitación febril sólo comparable a la que puede asaltar a un hombre que se halla en vísperas de hacer un gran descubrimiento, un descubrimiento revolucionario. ¿En vísperas, he dicho? Más cerca todavía: tenía ya la seguridad del triunfo; estaba convencido de haber resuelto el problema que desconcertaba a la humanidad desde hacía siglos. Dentro de una semana la fama lanzaría mi nombre a los cuatro vientos, dándome una celebridad mundial, me vería aclamado y festejado en todas partes; y dueño de todas las riquezas que quisiera pretender.

Porque yo tenía en el puño el secreto de la navegación aérea. Pero no por medio del globo manejable o del buque aéreo dirigible. Había conseguido hacer, no sólo posible, si no positivamente cierta, la posibilidad de que el hombre volara, de que cruzara el espacio como un pájaro. Había conseguido lo que Maxim mismo me había dicho que era imposible: había volado...

El doctor Joseph Reyler, mi buen protector entonces, había presenciado mi experimento, lo mismo que su hija Miriam, y los dos se habían regocijado, se habían entusiasmado tanto como yo; Miriam sobre todo. Recuerdo cómo la hermosa niña tomó en esa ocasión mis manos en las suyas y las cubrió de besos, y cómo se reía el doctor Reyler, loco de alegría al pensar en la impresión sensacional que mi descubrimiento iba a causar en el mundo. En cuanto a mí... mis sentimientos eran tales entonces, que se sustraen a toda expresión. Por un lado, me llenaba de satisfacción ver que no había malbaratado los cien mil dólares que el doctor Reyler había puesto a mi disposición, y por el otro me dolía que no recayese en él también la gloria por la parte que había tenido en el gran descubrimiento.

—Será para mí un honor llamarle hijo mío,—me dijo estrechándome la mano, en presencia de Miriam, que al oirle bajó los ojos al suelo.

Estas palabras fueron para mí un golpe terrible. Por primera vez me di cuenta entonces de que el doctor Reyler esperaba que me casara yo con su hija, que ésta me amaba y se creía correspondida, aunque Dios es testigo de que nada había hecho yo para que ella pensase semejante cosa. Durante los cuatro años que había estado trabajando como un esclavo para preparar mi invento, no había tenido pensamiento algumo para ningún ser humano, fuera de Janet, a quien había prometido que me casaría con ella el día en que mi invento estuviese perfeccionado y que estaba esperándome en el pueblito que había sido nuestra cuna y el lugar donde había pasado yo mis primeros años.

Llamé aparte al doctor y le expliqué mi situación. El doctor no ochó mi declaración a mala parte, pero dijo que no quería ni pensar en el desengaño de su hija, porque ésta me amaba como una mujer no había amado nunca a hombre alguno. Decir que lamenté profundamente esto, no sería describir mis impresiones; por un momento la pena me abrumó, al ver los ojos angustiados del doctor.

Naturalmente, doctor—le dije,—yo le devolveré hasta el último centavo, y...

Mi protector dió vuelta y se marchó bruscamente. Me quedé sorprendido sin darme cuenta de toda la insensatez de mi observación.

Un cuarto de hora después el hombre volvió y me dijo animadamente:

—El globo estará listo dentro de veinte minutos. ¿Quiere venir a tomar algún refrigerio antes que partamos?

Me hizo gracia esta ocurrencia tan mundana de comer y beber antes de emprender un viaje.

En esto entró Miriam en el laboratorio, y me instó también a que dispensara un poco más de atención a la salud de mi cuerpo.

—Me dice papá que hace dos días que no toma usted alimento alguno —dijo, poniéndome la mano sobre el brazo. — Venga a tomar algo.

Yo me resistí a pesar de la mirada suplicante que la joven me dirigió. Y el doctor observó, con razón, que la fiebre del inventor estaba consumiéndome en cuerpo y alma.

—Cuando volvamos tendremos tiempo de sobra para eso — les dije.

Y no di importancia alguna al hecho de que los dos repitieran, mirándose el uno al otro:

—¡Cuando vuelva!

Contemplé con cierto desdén el globo, a medida que su feo cuerpo redondo iba inflándose bajo la presión del gas que en él entraba. No pasaría mucho tiempo antes que no hubiese necesidad alguna de un monstruo tan horroroso, de tan largos y terribles preparativos, cuando el hombre quisiera dar el vuelo. E iba a ser yo quien realizaría ese progreso. Al pensar esto, el orgullo me hinchó el pecho.

Ibamos a hacer un viaje en ese globo el doctor, Miriam y yo, para someter mi invento a una prueba decisiva. Cuando llegásemos a una altura de tres mil pies, prepararía yo mi aparato y nos remontaríamos en el espacio. Queríamos ser nosotros mismos los únicos testigos del experimento; habría tiempo de sobra luego, para anunciar el descubrimiento, cuando bajásemos a tierra.

Yo mismo saqué del taller el cajón que contenía el aparato y lo puse en la barquilla.

—¿Qué es eso? — preguntó un hombre que estaba a mi lado, indicando una gran canasta de mimbre que había sido llevada ya a la barquilla.

El doctor Reyler fué quien le respondió:

—Provisiones: licores y vinos. Este va a ser su primer viaje aéreo, y no sé cómo le sentará la cosa.

—¿Dónde está Miriam? — pregunté viendo al doctor entrar sólo detrás de mí.

—Mi hija ha cambiado de idea — me dijo. — No viene.

—¿Le ha contado usted todo? — le pregunté.

El doctor me respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Bueno, vale más así quizá—dije.

—Así es — respondió él.

Y empezamos a ascender rápidamente. Inclinándome sobre el costado de la barquilla, vi cómo se alejaba la tierra cada vez más, bañada por el rayo del sol que hacía resaltar claramente sobre ella hombres que agitaban sus sombreros en dirección a nosotros. Estos ignoraban, por supuesto, el verdadero motivo del viaje y lo consideraban una simple ascensión corriente.

El mundo iba extendiéndose a nuestros ojos a medida que subíamos; con una sola ojeada podía abarcar yo en-

(Continúa después de la página infantil)

¿Por qué fumamos?


Porque está prohibido.


Por no saber qué hacer.


Por tradición.


Porque los otros socios fuman.


Por chic.


Por molestar a su mujer.


Por ostentación.


Por placer.

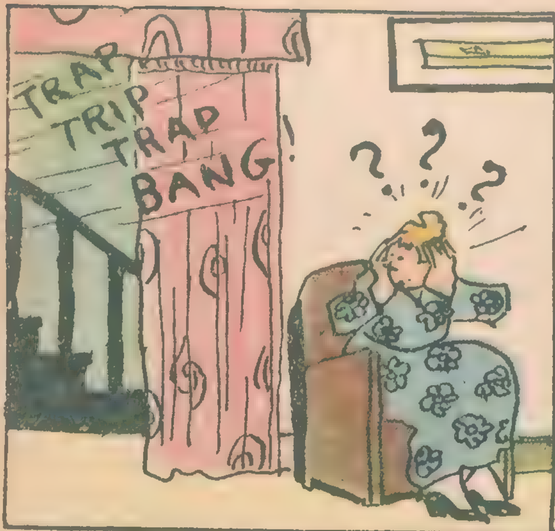

Por afectación.

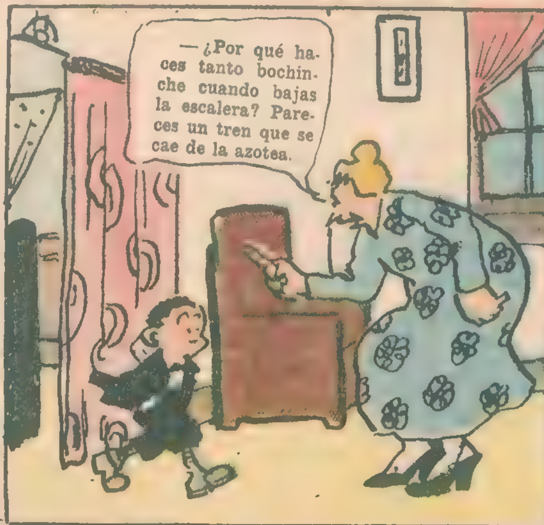

Por estetismo.

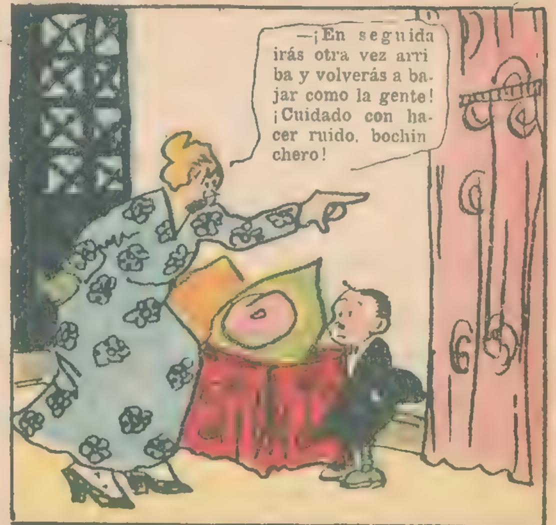


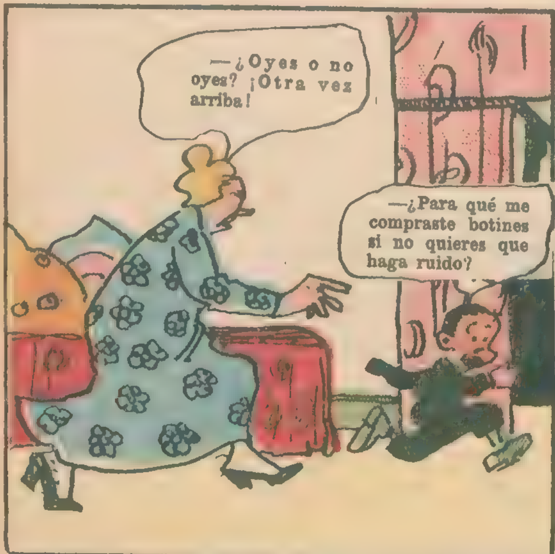
Sobre todo por tener el aliento perfumado con el exquisito aroma de los puchos.

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

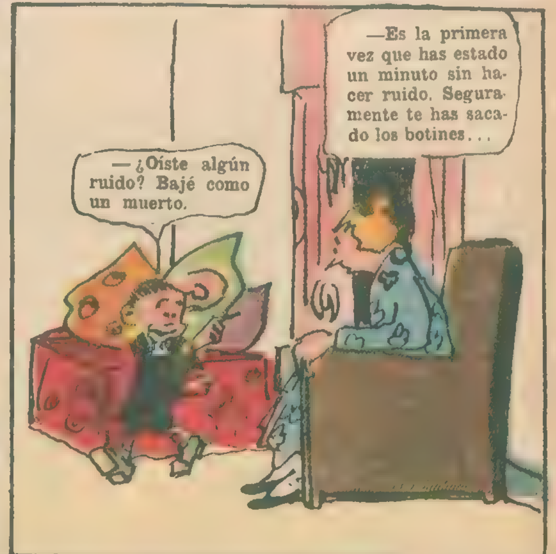


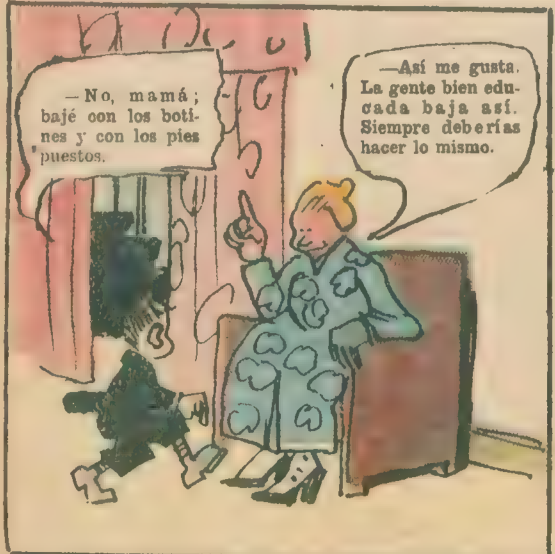






















(Continuación de UN DRAMA EN LAS NUBES)

tonces más espacio que en cualquier otra ocasión de mi vida, y el panorama era magnífico.

—¡Esto es sublime!—exclamé entusiasmado, volviéndome hacia mi compañero.

—Mil pies—observó éste, mirando el indicador.

—¿Tan pronto? Hemos andado muy ligero.

—Hay algo más rápido aún que una ascensión en globo sano—dijo el doctor—y es la bajada en un globo roto.

Y mi compañero se echó a reir de una manera que me pareció un tanto extravagante.

—Pero venga—continuó;—tome algo: brindemos con una copa de vino por el buen éxito de la expedición.

—No hay necesidad—dije;—el buen éxito está ya asegurado.

Pero tomé la copa que me ofrecía, y me senté junto a la canasta de provisiones, que estaba ya abierta.

El doctor llenó otra copa y la alzó.

—Salud y suerte, Franklin—me dijo, con los ojos chispeantes.

—Un momento,—observé— no está enojado conmigo, doctor?

—¿Por qué?—me preguntó, como si no supiera nada.

—Por Miriam—respondí.

—No, enojado no. Pero sí infernalmente desengañado. Buena suerte—repitió vaciando la copa, en tanto que yo hacía lo mismo con la mía.

Vi entonces que el doctor me miraba de una manera extraña.

—¿No tiene miedo?—me preguntó.

Intenté hablar, pero la garganta se me cerró, la cabeza empezó a darme vueltas, mis ojos se nublaron, y caí desplomado en el fondo de la barquilla.

Cuando recobré el sentido era ya de noche. Pero, aun cuando seguía navegando en el espacio, no estaba ya en la barquilla.

Una cuerda fuertemente apretada sostenía mis brazos pegados al costado del cuerpo, y los pies juntos. Y con la cabeza para abajo, me balanceaba suavemente de un lado a otro.

Me di cuenta instantáneamente de mi posición. Atado a una estrecha tabla que se extendía desde mi pecho hasta los tobillos, estaba colgado de la barquilla.

El doctor Reyler me había hecho traición... Lleno de terror empecé a llenar el espacio con mis gritos. Una carcajada burlona llegó hasta mí, y oí luego que el doctor me llamaba por mi nombre.

—Un viaje sublime, Franklin. ¿No es cierto?—me preguntó.—Eso es mejor que volar, ¿eh? No hay en el vuelo una sensación como esa, ¿eh?

—¡Canalla!—grité.—¡Asesino!

—¡Adelante!; ¡adelante!... ¡Desahóguese!

—Súbame, doctor. Por amor de Dios, Súbame—le supliqué.

—No, no hace más que diez minutos que está ahí.

—¡Mentira!—protesté.—Es de noche ya y estoy helado de frío.

—Dentro de un momento estará más helado todavía—me respondió.

—¿Se ha propuesto matarme?—le pregunté.

¿No dijo usted que me devolvería los cien mil dólares? ¿No se negó usted a casarse con mi hija? Voy a cortar la cuerda que retiene en la barquilla la tabla donde está atado, y, cuando mi cuchillo haga su obra, irá usted a estrellarse de cabeza en el mar que está debajo. Después, para hacer creer en un accidente, haré mil pedazos su aparato y lo echaré también al agua. Y usted pasará a la posteridad como un mártir de la ciencia.

El doctor volvió a hacer oir su carcajada diabólica, en tanto que yo, presa de terror, rugía y gritaba, maldecía y suplicaba. Sabía que el hombre era muy capaz de hacer lo que había dicho.

De pronto volví a oir la voz del doctor Reyler:

—¡Franklin!

—¿Qué hay?

—Creí que se había desmayado.

—No hay motivo para tanto.

—Bueno. Voy a cortar la cuerda.

El infame volvió a reirse, y me estremecí al sentir el roce del cuchillo que aserraba ya la cuerda...

De repente, me precipité cabeza abajo en el espacio, con tabla y todo, en tanto que la barquilla daba un tumbo violento al librarse del peso de mi cuerpo. Y sentí en el mismo instante un grito agudo de sorpresa y de terror, a tiempo que pasaba junto a mí, cabeza abajo también, el cuerpo del doctor Reyler. El miserable no se había precavido contra el vuelco que daría la barquilla cuando mi cuerpo se desprendiese de ella, y fué a encontrar también en el mar el triste fin que me había preparado a mí.

Pretenden ahora que todo esto no es más que una locura mía; que mi aparato volador resultó impracticable y que este fracaso me ha trastornado la cabeza; que nunca he subido en globo alguno, y que yo no estoy muerto sino vivo, y el doctor también. Y me han encerrado en un cuarto, para curarme, dicen, y me vigilan día y noche. Pero es mentira. Ellos creen que no lo sé, pero es mentira. Sé que eso es mentira, porque de tiempo en tiempo veo la cara del doctor Reyler que me mira con expresión de angustia, como si estuviese arrepentido de lo que ha hecho. Y yo no podría ver al doctor si él no estuviese tan muerto como yo.

Pero la mejor prueba es que yo tenía el cabello negro cuando hice la ascensión en globo; y que ahora mi cabeza está completamente blanca, blanca como la nieve.

Eduardo CHARLES.

PIEZA HISTORICA



—A éste no lo tocaré jamás. Es un recuerdo histórico: un pucho del presidente Wilson.

Cuando el coronel Teodoro Roosevelt se ofreció a su gobierno para mandar una división que combatiría en Francia, Chase S. Osborn, ex gobernador del Estado de Michigan y amigo del coronel, fué uno de los primeros enrolados. Poco después, Osborn recibió por correo un impreso que la junta dirigía a los voluntarios. En ese impreso se preguntaba: "¿qué es lo que usted sabe hacer mejor?, ¿quién puede dar referencias de usted?"

Osborn repuso: "Puedo hacer cualquier cosa que haga el coronel Roosevelt y la hago mejor y más pronto. Referencias: Teodoro Roosevelt."

La Cirugía vencida por la Medicina

Contrariamente a la creencia general de que la cirugía vence siempre a la medicina, podemos citar un caso contrario, en que ésta ha vencido a aquélla.

Bien sabido es que, hasta la fecha, sólo se curaban las hemorroides con la operación de ellas. Dicha operación comportaba la previa dilatación del ano, dolorosísimo momento que exige la anestesia para su realización y trae a veces tras sí el peligro de un síncope mortal. Tras ella, la prehensión; sección de las hemorroides y su cauterización con el termocauterio. Todo esto obligaba al enfermo a una larga estada en cama y a dieta, sin contar los sufrimientos post operatorios. Hoy se han eliminado todos estos sufrimientos y las hemorroides se curan sin operación, pudiendo el portador de ellas seguir atendiendo sus obligaciones, merced a una cura simple medicamentosa.

El "Noridal", que así se llama el nuevo remedio, es quien obra este verdadero prodigio.

A las primeras aplicaciones ya se nota el alivio, para llegar a la perfecta curación en poco tiempo más. Las hemorroides van disminuyendo de tamaño día por día y desaparecen los dolores hasta llegar un momento en que se observa la mucosa en su aspecto normal, sin nuevas recidivas de la enfermedad.

El "Noridal" es envasado en pomos terminados en una cánula cónica con orificios laterales para la perfecta distribución del medicamento, evitándose así el uso de pomadas aplicadas con los dedos, no siempre en buenas condiciones higiénicas y que, además hacía doloroso el tratamiento.

Cada pomo lleva anotado en uno de sus lados la dosis de "Noridal" a usar en la aplicación, que debe hacerse dos veces por día. El precio de este medicamento es muy bajo, máxime si se tiene en cuenta el resultado final y se vende en todas las farmacias.

¡El "Noridal" siempre vence las hemorroides!

La toilette íntima

Podemos afirmar que casi todas las señoras padecen de sus vías genitales y, más aún, que en la gran mayoría, su enfermedad consiste en la existencia de flujos blancos abundantes.

Dichas secreciones, además de ser molestas por su cantidad, actúan sobre la piel irritándola, produciendo gran escozor y hasta la formación de placas de eczemas muy rebeldes a todo tratamiento médico.

El temor al examen ginecológico les impide consultar su médico en procura de alivio, ignorando que con un procedimiento sencillo y puramente higiénico, cortan de raíz la causa de sus sufrimientos.

Consiste simplemente en el hábito de la toilette íntima, capaz de impedir la iniciación de otros procesos flojísticos de mayor gravedad. Y, en efecto, el resultado de los lavajes vaginales con "LYSOFORM", demostrado por los más eminentes ginecólogos del mundo, es inmejorable.

¿Por qué, pues, sufrir?

Una o dos veces por día, según el estado, hagamos irrigaciones vaginales calientes con una solución al 1 o 2 por ciento de "LYSOFORM" en cantidad de dos litros de agua, y se verá a corto plazo disminuir el dolor, el prurito y la cantidad de flujo, volviendo en poco tiempo a su primitivo estado de salud con esta sencilla y necesaria costumbre.

¡Cuántos males, llamados nerviosos, se originan en las vías genitales!

Evítelos usted previniendo que ellas enfermen. Cada frasco de "LYSOFORM" que usted encontrará en cualquier farmacia, le indica la cantidad que debe usar para preparar la solución.

"Lysoform" se vende en todas las farmacias.

Elogio de la tintura

Más tinturas fueron fabricadas, de las que se extraen del alquitrán de hulla, en los Estados Unidos durante 1917, en 81 fábricas, que lo que se importó de Alemania en 1914, según informes del censo de la Comisión de la Tarifa Americana. En 1914, cuando Alemania tenía el monopolio de la industria, envió a los Estados Unidos 45.840.966 libras de substancias para teñir. En 1917 los Estados Unidos produjeron 45.977.246 libras, por valor de sesenta millones de dólares. Las exportaciones de esas materias, hechas por los Estados Unidos durante 1917, ascendieron a 11.709.287 dólares.

Dr. CROTTO.

Las mujeres espías

La manera ingeniosa en que una artista-sirena, trabajando para el servicio secreto alemán, en París, casi consiguió, por medio de un problema de ajedrez, traicionar todo el sistema de defensas en el frente occidental, un año antes de terminada la guerra, es una de las historias verídicas, contadas por Nicolás Everitt, actualmente en los Estados Unidos, que ha pertenecido hasta hace poco al servicio secreto británico.

Fué en 1917—empieza el relato de míster Everitt — cuando algunos de nosotros notamos que cierta artista parisién gastaba una cantidad extraordinaria de dinero, y como no fué posible averiguar inmediatamente de dónde procedía, nos dedicamos a observarla, y descubrimos que tenía fascinado completamente a un agregado a cierta embajada neutral. También descubrimos que se hacía pasar por una patriota intensa, visitando a los hospitales y agasajando a los heridos. Luego notamos que tenía por hábito pasar un tiempo demasiado largo cantando al lado de la cama de un aviador alemán, que había sido derribado herido y hecho prisionero. Pronto descubrimos también que el agregado estaba manifestando un interés extraordinario por el ajedrez, y una investigación nos reveló el hecho de que su amiga, la artista, tenía fama de ser una entusiasta de ese juego, y que él lo había aprendido con el fin de jugar con ella. Luego supimos que la artista lo había persuadido para que mandase cierto problema de ajedrez, que ella no podía resolver, a un Club de ajedrez de su país.

Naturalmente que ella sabía que la correspondecia de la embajada atraviesa las fronteras en una valija sellada, y es llevada por un mensajero especial. En el curso regular de los hechos, su problema de ajedrez llegaría a la capital del país neutral con toda rapidez, y luego sería enviado por correo o entregado personalmente en los salones del club. Nosotros—continúa el agente del servicio secreto británico,—sin embargo, decidimos interceptar este inocente problema.

Aparentemente, sólo encontramos un problema común, de ajedrez, que parecía haber sido cortado de un diario. Todas las probabilidades eran de que los alemanes lo habían arreglado para su publicación, con el fin de que pareciera menos inofensivo. Pero en los primeros tiempos de la guerra las autoridades francesas habían confiscado varios mapas secretos y planos de Francia hechos en el país por los espías alemanes. Uno de estos mapas—que los alemanes no sabían que estaba en poder de los franceses—representaba a Francia trazada en cuadros, exactamente como un tablero de ajedrez.

Sobre este mapa fué puesto el problema tomado por el servicio secreto. Y se descubrió que en él las piezas estaban colocadas de manera de indicar en el mapa-tablero la ubicación de cada unidad de la línea de defensa francesa; los peones podían ser usados para indicar las reservas de infantería; los caballos, el servicio aéreo; los reyes, la artillería; los alfiles, los hospitales... y un castillo significaba el cuartel general.

Después el miembro del servicio secreto británico relata el caso de otras dos mujeres espías, cuyos trabajos había interrumpido él, poco galantemente.

Una era una bailarina rusa—dice Everitt—a la que yo seguí desde Petrogrado, y aunque una o dos veces la perdí de vista, usé la táctica que siempre he empleado para cazar las grandes piezas, y adelantándome a ella, pronto recuperé la pista.

Otra mujer vino de la costa oriental, en 1917, e hizo una serie de visitas a los campamentos militares. Siguiéndola, noté una cosa muy curiosa: que al poco tiempo de su paso aparecían zeppelines, los que tomaban exactamente la misma ruta seguida por ella y bombardeaban cada campamento visitado por esta mujer. Luego se trasladó al norte de Inglaterra, y empezó la misma cosa. Desde luego, la arrestamos.

También hemos empleado mujeres en el servicio secreto—termina el relato,—mujeres capaces de hablar varios idomas fácilmente y que tenían que ser extraordinariamente inteligentes. Cada mujer trabajaba rodeada por dos o tres hombres.

La verdadera causa de la calvicie

Largo tiempo se ha creído que la calvicie la causaba en el hombre el trabajo intelectual intenso o la vida un tanto disipada.

Después los dermatólogos, que se ocupan de las enfermedades del cuero cabelludo, nos dijeron que nos quedábamos calvos porque las glándulas encargadas de proveer a nuestro cabello de la grasa que necesitan indispensablemente, no le daban bastante o le daban demasiado.

Pero ahora vamos a tener que cambior de opinión. Si nos quedamos calvos antes que nuestros padres, si se encuentran hoy muchos jóvenes que apenas llegados a los treinta años exhiben a nuestra admiración una cabeza como una bola de billar, aunque jamás se hayan excedido en el trabajo intelectual, no tienen nada que ver con ello las glándulas sebáceas. La responsable es la moda, que nos obliga a usar sombreros duros.

Estos sombreros rígidos oprimen la cabeza y congestionan el cuero cabelludo y además impiden la circulación del aire. El pelo necesita aire como todos los cuerpos orgánicos; si se le priva de este elemento, concluye por morir.

Por lo menos esto es lo que afirma un dermatólogo que, como tantos otros, se ha creído en el deber de dar su opinión sobre la cuestión. Apoya su tesis en el hecho de que los pueblos que por costumbre van descubiertos, conservan largo tiempo el cabello, y hace observar que la calvicie es muy rara en las mujeres, porque nunca llevan la cabeza oprimida. Así, pues, lo mejor es ir sin sombrero o, a lo sumo, usarlo flexible.

Pepino Calello PONTORIERO.

Olivos, F. C. C. A.

Peces contra los mosquitos

En Tampa está dando grandes resultados un nuevo sistema para combatir a los mosquitos.

Como en dicha ciudad hay muchos aljibes y estanques para recoger el agua que luego se emplea para el lavado y otros menesteres, y como esos depósitos son los lugares preferidos por el mosquito para depositar sus larvas, todo el secreto del procedimiento consiste en echar en aquellas aguas peces pequeños que se alimentan de las citadas larvas.

El sistema se ha ensayado en muchos puntos de la región, siempre con éxito, porque los pececillos se comen las larvas con avidez, y conservan el líquido libre de ellas. Por otra parte, el procedimiento no requiere casi atención, pues los pececillos viven varios años, en los depósitos cubiertos y obscuros.

¡PROTEJA LOS ARBOLES!



—¡Suerte que no se me ocurrió cortar también a éste!

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00			Semestre	6.00
Año	9.00	Semestre	4.00	Año	11.00
N.º suelto	20 cts.			N.º suelto	25 cts.
N.º atrasado	40 ..	Año	8.00	N.º atrasado	50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aun que se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Sección vermouth

SACARSE EL SOMBRERO ANTE EL ARTE

—¿Sabe que por fin me empleé como artista de la nueva revista?
—Me alegro mucho. ¿Cuáles son sus tareas?
—Yo soy el que pone en las fotografías la cruz que señala el lugar donde se cometió el crimen.

EL CAJERO SE DEDICA A LA AVICULTURA

—¿Recuerda que estuve por aquí la semana pasada y les compré una incubadora?
—Perfectamente, señor. Supongo que el aparato le ha dado los mejores resultados. Es la especialidad de nuestra casa.
—¡Qué esperanza! Y por eso vengo a reclamar: ¡desde que lo compré no ha puesto ni un solo huevo!

ECONOMIA DOMESTICA

La esposa.—Hazme el servicio de no discutir. No conseguirás nada. Las palabras no valen nada...
El.—Estoy de acuerdo, querida: las palabras no valen nada. La oferta excede a la demanda.

IRRESPONSABLE

—¿No te da vergüenza? Me das cita para las cinco y son las seis menos cuarto. Me has tenido esperándote aquí en la calle y paseándome como un imbécil...
—¿Y qué culpa tengo yo—repuso fríamente el otro—de tu manera de pasearte?

COMISION PELIGROSA

El médico.—Lo que tiene su mujer no es grave... Es la vejez que se acerca. Dígaselo no más.
El marido se pasó la mano por la cabeza, con aire intimidado y dijo:
—Doctor, preferiría... que se lo diga usted.

NO ES TAN CARA COMO DICEN

—¿Ha visto lo que le han cobrado por la botellita de coñac? ¡Nueve pesos! ¡Es un escándalo!
El amigo replicó filosóficamente:
—No, señor; es la primera vez que he tenido el privilegio de pagar algo con una suma inferior a la del valor que le atribuyo.

LA EXPLICACION

—Un sabio acaba de afirmar que los que comen carne son más activos que los vegetarianos.
—Por supuesto: necesitan serlo para conseguir la carne.

UN INGENUO

—¿Sabes lo que me dijo anoche?: que soy el primer hombre que la ha comprendido.
El otro le enfrió el tren de confidencias:
—Ten cuidado, a no ser que quieras casarte. ¡Cuidado con esa joven!
—¡Qué!, ¿estoy en peligro?
—Sí. Esa frase es la que siempre ha hecho resbalar a la gente al camino de la mueblería y del registro civil.

LO QUE ES EL DESPECHO

¿De modo, señorita, que usted me rechaza?
—Sí.
—Entonces, discúlpeme un segundo mientras hago un apunte en esta libreta.
—¿Un apunte?, ¿para qué?
—Simplemente estoy apuntando: "Entretenimientos: 220 pesos". Es la suma que he gastado para cortejar a usted.

MISTERIO ACLARADO

El misionero encontró a Tom, el borracho de la aldea, y, con gran sorpresa de éste, le tendió la mano diciendo:
—¡Cuánto me alegro de ver que te estás regenerando, Tom!
—¿Yo?—exclamó Tom asombrado.
—Sí—continuó el religioso, me alegré tanto de ver que estabas en el sermón de anoche.
—¡Oh!—suspiró Tom, iluminándosele repentinamente el rostro—¿de modo que es ese el lugar donde me encontraba anoche, ¿eh?

JERARQUIAS

—¿Y dices tú que el rango de general es el más alto en el ejército?
—Claro que sí.
—Entonces, ¿nadie puede darle órdenes al general?
—Fuera de su mujer, nadie.

OFICIOSIDAD



—¿Dónde andará Ester? La estoy buscando para devolverle los diez pesos que me prestó el otro día.
—Te ayudaré a buscarla. Necesito diez pesos prestados.

Colaboración espontánea

El madrigal de sus manos

¡Oh piadosas manos místicas!
¡Perfumadas manos blancas,
que en las tardes florecidas
—con palideces de nácar—
sois bálsamo a mis tristezas
como caricias de alas!
¡Oh fragantes manos buenas,
que dulces bondades guardan
para las hondas angustias
de los que llevan el alma
con las penas recogidas
por las sendas empolvadas!
¡Oh manos que, melancólicas,
en las noches solitarias,
sabéis del dolor profundo
de los que tienen la amarga
pesadumbre de un recuerdo
con mudo dolor de lágrimas!
¡Oh líricas manos buenas,
que en mi frente fría y pálida
pondréis la sutil caricia
que consuela las nostalgias;
os quiero así temblorosas,
manos de mi dulce amada,
para seguir por las sendas
en la noche obscura y larga.
No me dejéis, suaves manos,
con palideces de nácar,
que mi dolor de poeta
sobre rosas deshojadas,
va por los parques callados
rimando su serenata.
Manos buenas, manos místicas,
manos de mi buena amada,
que en esas noches de invierno
en la alcoba solitaria
toda fresca de azahares,
con beatitudes de alas,
le arrancarán al teclado
esa música olvidada
de Chopin y de Beethoven
cual un poema de lágrimas,
con la tristeza de Schumann
y las dulces serenatas
de Schubert y de Mendelssohn
que nos consuelan el alma.
Manos llenas de bondades,
que en la noche epitalámica
sabrán colmarme de amores
en el calor de la estancia.
Y que a la hora postrera,
blancas manos de mi amada,
han de poner en mi féretro,
con las últimas plegarias,
los impolutos jazmines
que tejerán mi mortaja.
. . . .
Manos que me dais ensueños,
finas manos adoradas,
no me dejéis un instante
por la senda triste y larga!

Antonio **SOBRAL.**

La canción del gaucho

Hay en el pago una flor
que se llama Margarita
que es la prenda más bonita
de este gaucho payador;
es un tesoro de amor
allá en la pampa nacida,
la que da aliento y convida
al trovador que le canta,
y en sus gorjeos levanta
a este pedazo de vida.

Criolla de mi corazón
por quien tu amor ha sufrido
el gaucho que te ha querido
con la más noble intención;
estas mis palabras son
pa alegrar tuitos tus males
que hoy a razón de iguales
debemos de soportar...
y juntos hay que luchar
pa salir de los barriales.

Esta vida es la historia
de un continuo sufrimiento
y a cada cual su lamento
debe servirle de gloria;


COMO EN LA GUERRA

—¡Sálvese quien pueda, "Sapito"! ¡Ahí viene un tanque!

pues es nuestra trayectoria
que debemos de aguantar,
rudos golpes soportar
de la existencia tan fuerte,
porque algún día la muerte
juntos nos debe llevar.

Andrés **PÉREZ** (hijo).

El ardid del dolor

El recio vendaval que sibilante
Cuanto a su paso se interpone oprime,
Amaina su furor un breve instante
Y quedo y blando, sigiloso gime.

Como él es mi dolor, se alza triunfante,
El dardo punzador airado esgrime,
Y un cielo puro de turquí brillante
Allá en el fondo de su tregua imprime.

Engañosa es tu calma, dolor mío,
Ella renueva tu perdido brío
Y a nuevo embate tu soberbia inspira;

Te desprecio, dolor, cuando prefieres
Fingir piedad, que en medio a tu mentira
¡Encubierto y traidor más hondo hieres!

Teófilo C. **CHIESA.**

Una extraordinaria inscripción funeraria

En la entrada de la iglesia de San Salvador, en Oviedo (España), existía una tumba erigida por un príncipe llamado Silo, notable porque la inscripción en latín de su lápida, que dice "Silo Princeps fecit" (La hizo el Príncipe Silo) puede ser leída en doscientos setenta formas, comenzando por la S grabada en el centro. Es esta:

T	I	C	E	F	S	P	E	C	N	C	E	P	S	F	E	C	I	T
I	C	E	F	S	P	E	C	N	I	N	C	E	P	S	F	E	C	I
C	E	F	S	P	E	C	N	I	R	I	N	C	E	P	S	F	E	C
E	F	S	P	E	C	N	I	R	P	R	I	N	C	E	P	S	F	E
F	S	P	E	C	N	I	R	P	O	P	R	I	N	C	E	P	S	F
S	P	E	C	N	I	R	P	O	L	O	P	R	I	N	C	E	P	S
P	E	C	N	I	R	P	O	L	I	L	O	P	R	I	N	C	E	P
E	C	N	I	R	P	O	L	I	**S**	I	L	O	P	R	I	N	C	E
P	E	C	N	I	R	P	O	L	I	L	O	P	R	I	N	C	E	P
S	P	E	C	N	I	R	P	O	L	O	P	R	I	N	C	E	P	S
F	S	P	E	C	N	I	R	P	O	P	R	I	N	C	E	P	S	F
E	F	S	P	E	C	N	I	R	P	R	I	N	C	E	P	S	F	E
C	E	F	S	P	E	C	N	I	R	I	N	C	E	P	S	F	E	C
I	C	E	F	S	P	E	C	N	I	N	C	E	P	S	F	E	C	I
T	I	C	E	F	S	P	E	C	N	C	E	P	S	F	E	C	I	T

Dr. **HIPÓLITUS.**

Montañés

Amanezco en la montaña
con una alegría audaz,
mientras asoma su faz
el sol color de champaña.

Los campos se pintan de oro
bajo el claro cielo azul,
y un incógnito bulbul
dice su trino sonoro.

Y al llegar de la mañana
fresca, límpida, galana
como una chiquilla en flor,

Rejuvenecen las cosas
y me saludan las mozas
con un mensaje de amor!

Oscar Bernardo **MOYANO.**

Atardecer

El disco solar se pierde lentamente,
tras un montón de casuchas viejas.
Y me parece, de un hombre, enorme frente,
la cresta solar sobre las tejas.

Atardece. La noche queda se avecina,
con una suave luminosidad de estrellas.
Y, en la sinuosidad de la colina,
hay un rumor de besos y querellas.

Las dulces noches

Preludio

En la suspirante quietud de los jardines
hay una atmósfera pesada de perfume.
Y detrás del lago en fiesta, que presume,
hay un leve vuelco de mágicos violines.

Es noche plena de un poético verano,
bajo una comba azul, cuajada de diamantes.
Y en todos los bancos, flirtean los amantes,
como un indecible coloquio puritano.

Abelardo **BAZZINI BARROS.**

¿Qué puedo ofrendarte?...

¿Qué puedo darte, princesa gentil,
Sino las estrofas o el verso de oro
Que surja en raudal radiante y sonoro
O magnas obras de artista sutil?

¿Quieres las flores más bellas de abril,
Caballos que corran como un meteoro,
O aves maestras que canten en coro
La partitura que esté en el atril?

Todo lo bello, ¡con tanta aspereza
Rechaza cruel tu blonda cabeza
en arrebato de loca pasión!...
¡Ya sé!... A tus labios de honda tristeza,
Llevas una hoja con suma terneza
que tiene la forma de un corazón!...

Carlos A. **ZACCAGNINI.**

Ofrenda evangélica

Yo te ofrecí una comunión fraterna; yo te ofrecí en la noche silenciosa, cuando nadie podía interrumpir nuestro evangelio, las palabras bien ritmadas, bien sentidas de mi corazon sincero; yo te ofrecí al oscular de nuestros labios y al aliento imantado de nuestros juramentos, mi amor... ¡ay! la sangre joven que derramé para verte surgir!...

Yo no sé por qué el airón salvaje del sensualismo me hastía; yo no sé también por qué mi apacible lirismo no se rebela! Huyamos a la montaña y verás que surgiré! Eso me dijiste un día. La ciudad nos aplasta; la ciudad nos vence y cada vez que cruzábamos la calle Florida, nos arrinconábamos como dos pigmeos!...

Yo te vi y me sentí grande en el luminar camino de las peregrinaciones, cuando nuestros sentires armonizaban la fruición del paisaje! ¡Oh! entonces el equilibrio nivelador de las mentalidades se embellecía con sonreir de auroras, con soles triunfales y rumores de cosas augurales!...

Yo me esterilizo en la lucha; yo me mutilo en el combate y continúo esperando el advenimiento de vivir iluminado, cuando hayas sacrificado todo tu ser, que debe ser absorbido por mis locuras pasionales!...

J. **IMONTI.**

PARA LA GENTE DE CAMPO

ALIMENTACION DE PORCINOS

En la Escuela de Agricultura de Córdoba se han efectuado recientemente interesantes estudios sobre alimentación de cerdos. Las conclusiones a que se ha llegado interesarán, sin duda, a nuestros criadores, ya que cada día la explotación de porcinos tiene más importancia y mayores rendimientos, a consecuencia del gran consumo que hacen los frigoríficos, que son hoy un mercado seguro para su colocación.

El ensayo a que nos referimos fué realizado utilizando al efecto el maíz picado con su marlo y los forrajes cowpea y soja híspida, plantas cultivadas en el mismo establecimiento.

La experiencia ha sido hecha con cerdos Berkshire de ocho meses de edad, habiendo durado 50 días. Se ha elegido la raza Berkshire por ser la que mejor se adapta en aquella región, debido a sus excelentes condiciones de precocidad, rusticidad y gran prolifidad.

La ración diaria para cada uno de los tres lotes en experiencia ha sido de 4 kilos de maíz picado con su marlo, 4 kilos de cowpea y 4 de soja híspida, respectivamente.

El aumento mayor de peso, al término del ensayo, correspondió en primer lugar a los cerdos alimentados con cowpea, que fué de 40 kilos, siguió luego el lote de soja híspida de 38 kilos, y en último lugar el grupo alimentado con maíz picado y marlo, que dió 28 kilos.

Sacrificados los animales, después de 24 horas, sin haber recibido alimento alguno, se observó que la carne de mejor aspecto por su color y consistencia correspondía a los cerdos alimentados con cowpea, el segundo orden a los cerdos mantenidos con maíz picado y marlo, y en último término al lote que recibió soja híspida, cuya carne de color rojo oscuro no impresionaba bien, siendo su consistencia demasiado compacta.

Buques insumergibles

Recientemente se botó el primero de los cinco buques insumergibles en construcción en Nueva Orleans por orden del gobierno francés. El detalle de su construcción, tan distinto al de los buques de tipo corriente, no deja de ser interesantísimo, esperándose que cumplan en un todo con lo que de ellos se espera.

La invención es del arquitecto naval, jefe del departamento técnico de la marina mercante francesa, y consiste en dos cilindros paralelos de unos 7 metros de diámetro, colocados el uno al lado del otro y sujetados entre sí por un puente y fondo divididos transversalmente en compartimentos (water-tigt) estancos, los que dan la rigidez necesaria a toda la embarcación. Además, cada cilindro está dividido en ocho secciones, las que con los ocho compartimentos en medio de ellos, forman un total de 24 secciones herméticamente cerradas. Su largo total es de unos 80 metros y cala 5 metros, pudiendo cargar 4.250 toneladas de mercaderías. Tendrá dos hélices y las máquinas desarrollan 700 HP., las que podrán impulsarlo a razón de 9 1/4 de millas por hora.

Dr. GALLO.

EL CULTIVO DEL OLIVO

Clima. — El olivo produce, como para explotarlo comercialmente en las zonas templadas en las que no baje la temperatura en invierno de 5° bajo cero y en tiempo de la floración de los 19°, ni suba de los 24°; si bien es cierto que puede resistir sin perjuicios aparentes temperaturas hasta de 15° bajo cero en climas secos.

Las condiciones de clima, como se sabe, pueden conseguirse en casi toda la República Argentina, desde el paralelo 38° al norte. En Bahía Blanca hay ejemplares de olivos que fructifican maravillosamente. En Entre Ríos hay plantaciones que dan grandes rendimientos. En Buenos Aires hay hermosos ejemplares. En Mendoza, San Juan, Corrientes, Catamarca, en fin, en todo el país se da perfectamente, pero, especialmente en La Rioja, es donde el olivo parece haber encontrado el clima y las tierras ideales.

Perspectivas comerciales. — Pocos cultivos ofrecen tanto porvenir en la República Argentina por la estabilidad de precios elevados que garantizan el creciente consumo y la limitación fatal de la zona de producción en el mundo.

En el hemisferio norte la zona propicia para el olivo está casi llena ya. En cambio, en el hemisferio sur todo está por hacerse y las perspectivas no pueden ser más brillantes, especialmente para este país, donde el olivo se desarrolla en forma nunca vista en Europa, desde Bahía Blanca al norte de la república.

La República Argentina importa anualmente alrededor de 22 millones de kilos de aceite comestible, inclusive 8.000.000 de kilos de aceite de algodón que se introducen de los Estados Unidos para el consumo. A los precios actuales esto representaría, más o menos 70.000.000 de pesos, que muy bien podrían quedar en el país, puesto que las tierras y el clima se prestan admirablemente para el cultivo.

Calculando 100 árboles por hectárea y con un rendimiento medio de 10 kilos de aceite por árbol, se verá que el país emplearía para las necesidades actuales, unos 2.200.000 árboles, que cubrirían una superficie de 22.000 hectáreas; y si se piensa que en el país no pasan de mil las hectáreas en producción, se comprenderá por qué se decía que ninguna industria tiene tanto porvenir en la República Argentina.

Tierras. — Hay pocas plantas que prosperen en tierras de tan diferente constitución química y física. Tan bien prosperan en las tierras humíferas de Entre Ríos, como en las laderas rocallosas de Castro Barros (Rioja), o en las tierras sueltas de Bahía Blanca, o en los arenales y médanos de Aimogasta (Rioja).

Lo único en que parece ser exigente el olivo es en que las tierras sean bien aireadas, sueltas y drenadas: los suelos compactos, impermeables y húmedos le son fatales.

Propagación. — La propagación del olivo se hace por semilla, por estacas, acodos e injertos. Generalmente, se ignora que el olivo puede reproducir fácilmente por medio de la semilla, debido a la dificultad con que germina, por la dureza del tegumento y por las materias grasas que impiden la entrada del agua hasta la semilla propiamente dicha. Puédese, sin embargo, obviar esa dificultad tratando la semilla con una solución de sosa cáustica al 10 %, por 12 a 24 horas, según el tamaño y la dureza de la semilla. También hay aparatos especiales para romper el tegumento.

Las plantas obtenidas por semillas son más vigorosas y rústicas, aunque tienen el inconveniente de fructificar mucho más tarde y de no ofrecer seguridad ninguna respecto a variedad por las naturales variaciones y atavismos. Esta dificultad desaparece injertando con las variedades más adaptables, según los fines que se persiguen.

Cuando el almácigo tiene dos años se ponen las plantas en viveros para ser injertadas y formadas antes de ponerlas en lugares definitivos, a los cuatro o cinco años.

Todos los textos aconsejan poner los árboles a 10 metros a todos los vientos; pero la experiencia ha demostrado que deben ponerse a los 15 metros, a lo menos para La Rioja.

La propagación por estacones es ventajosa, evita el trabajo de injertar para asegurar la variedad deseada, sin contar que puede iniciarse la plantación en lugar definitivo.

Los acodos son empleados frecuentemente para propagar el olivo. También se acostumbra enterrar bajo una capa de tierra de cuatro a cinco centímetros de espesor, ramas enteras que fácilmente arraigan en cada nudo largando retoños que después de dos o tres años se separan para poner en vivero o en lugar definitivo.

Injertos. — Cuando es necesario propagar variedades determinadas de olivos sobre plantas de semilla o cuando se trata de renovar plantaciones viejas, suele recurrirse a los injertos de escudete y de Shield, en el primer caso, y de corona, en el segundo.

Los injertos de escudete se hacen generalmente en primavera o en verano. La yema se corta de ramas maduras, en forma de escudete y de arriba para abajo, dejando el pecíolo de la hoja para facilitar la manipulación.

El patrón debe tener, por lo menos, el espesor de un lápiz común. Sobre la corteza se hace un corte en forma de una T, con la cruz un poco oblicua. Con una uña de marfil o de hueso se levantan los bordes y se injerta el escudete, usando el pecíolo como manija. Se envuelve firmemente con rafia, o con tiras enceradas, doce o quince días. La operación no está terminada hasta la decapitación del patrón, tan pronto como se haya iniciado el crecimiento del injerto.

Los injertos Shield son similares a los anteriores, con la única diferencia de que en lugar de emplear yemas se emplean brotes de un año, con tres o cuatro yemas cortadas muy finas.

Los injertos de corona son especialmente adaptables para plantaciones viejas que por cualquier circunstancia hubiere necesidad de reponer, cambiar o rejuvenecer.

Se toman ramas de dos a cinco centímetros de diámetro y se las corta con un serrucho, cuidando de hacer un corte lo más liso posible. Con un cuchillo bien cortante se las parte por la mitad y si se quiere se puede hacer un corte en cruz, teniendo así cuatro puntos en que colocar injertos.

El injerto es siempre un tallo de un año de la variedad que se quiera propagar. Se corta la parte inferior en forma de cuña, con el lado que va afuera más grueso que el interno, pues la presión natural del patrón es mayor en el centro que en la periferia. Al injertar el tallo es menester tener cuidado de hacer coincidir el cambio de injerto y patrón para recién atar fuertemente y encerar las heridas.

Poda. — El olivo produce sus flores sobre la madera de dos años, es decir, sobre yemas ya formadas el año anterior, de ahí que por lo general dejado a arbitrio fructifica cada dos años, lo que sería un gran inconveniente y una pérdida considerable. No en vano dice el proverbio español: "Quien trabaja el olivar pide el fruto; quien lo abona, lo obtiene; quien lo poda lo obliga."

Por medio de podas bien dirigidas puede hacérsele fructificar anualmente. Se recomienda cortar las ramas de dos años que hayan dado fruto, porque ya no fructificarán más y porque así se inducirá la formación de ramas nuevas anualmente, asegurando por consiguiente una fructificación continua. Además, esto impedirá que vayan elevándose las ramas fructíferas a tal altura, como sucede muy a menudo, que la cosecha se hace difícil y costosa.

Las flores para cumplir su misión, es decir, para cuajar y fructificar, necesitan estar expuestas a los rayos solares directos, de manera que es doblemente necesario distanciar ampliamente los árboles y hacerles una poda adecuada para que con suficiente sol y agua puedan dar anualmente su producción máxima, tanto en la periferia como en el centro.

Riegos y cultivos. — Si bien es cierto que el olivo se desarrolla en cualquier clase de tierra, ello no implica que, como cualquier otra planta, no necesite de todos los elementos de la tierra para producir bien. Como todo árbol, toma sus alimentos de un espacio mayor que el cubierto por sus ramas, de manera que las abonaduras, trabajos y riegos, deben hacerse de acuerdo. La práctica de irrigar los frutales echándoles agua en pequeños pozos alrededor del tronco, es insuficiente, errónea, nociva y contraproducente. Los riegos deben ser completos, por surcos si fuere posible o por canteras o terrazas, etc. El riego por surco es el más económico de agua, el menos costoso, el que aprovecha más a la planta y empobrece menos el terreno.

Después de cada riego, tan pronto como lo permitan los terrenos, debe hacerse una completa labor, reduciendo a polvo la superficie del suelo. Esto economiza intensamente el agua e impide la formación de salitres en la superficie, rompiendo la costra dura que forma una especie de tubos capilares que llevarían de otra manera el agua a una evaporación segura.

Carlos VALLEJO.

Notas femeninas



Vamos a terminar nuestra anterior crónica que, por ser demasiado extensa, no pudimos hacerlo en la pasada edición.

Se dice, queridas lectoras, que vamos a ver resucitar, para esta estación y la venidera, los bellos taffetas y sedas de colores tornasolados, o con reflejos metálicos. Pero también las diré que puede obtenerse este mismo efecto por medio de dos géneros superpuestos, siempre que uno de ellos sea transparente. Por ejemplo, un género beige será velado con azul marino, un género cereza con beige, un azul marino con gris plata, etc.

Las túnicas que, entre paréntesis, serán de gran moda, han de ser todas, sin excepción alguna, flexibles, y cuando se alcen, bien sea por el movimiento del paso o por el viento, nos dejarán ver unas lindas creaciones muy nuevas y muy originales. Más adelante hablaremos de ellas.

Se confirma que los tailleurs serán también de hechura moderna, coquetones, en una palabra, tal como deseamos todas que sean. Ha concluído y queda relegada al olvido la muy larga chaqueta a la que este invierno cantábamos loores por sus impecables líneas. La nueva, la de esta estación, es no muy corta, más bien semilarga, sobre una falda que siempre es angosta y corta.

Los ensayos que se hicieron para alargarlas fracasaron una vez más. Y me pregunto si hemos tenido la sabiduría de esperar a que los géneros de lana y de seda vuelvan a sus precios normales, para alargarlas, o si es tan sólo capricho de... lucir las piernas.



En cuanto a las mangas, las vemos cortas, pero muy cortas, hasta más arriba del codo; es la novedad y, según la moda, será lo más notable de la estación.

No es de ahora esta novedad, pues este invierno la hemos visto, pero sólo en las elegantes que tenían grandes abrigos de pieles, lo cual era absurdo, en vista del tiempo frío, pero en primavera y verano está bien y no hallo nada que decir en contra.

Preparad, pues, vuestros lindos brazos blancos, coquetas niñas y jóvenes señoras que quieran agradar; ellos aparecerán más blancos y redondos, después de tenerlos tanto tiempo escondidos. Pero si son delgados y amarillos, entonces más os valiera no acatar el decreto de la moda y disimular esta desgracia mejor que lucirla.

Vanidad de los consejos de este estilo. ¿Existen en verdad mujeres con piernas defectuosas? ¿Se ha tratado de disimularlas y de que pasen desapercibidas? Creo que no, y por lo tanto, el resultado de la prédica es siempre nulo.

Por todas estas razones, os digo que la moda es fantástica y siempre busca una nueva innovación, como por ejemplo, en este momento trata nada menos que hacernos aceptar los cuellos altos, ahora que se aproxima la estación calurosa, cuando nos ha hecho salir en invierno escotadas como si se tratase de trajes de soirées.

Estas nuevas "encolures" son hechas con una especie de echarpe de taffetas negro enroscada y anudada sobre un gran cuello de organdí, y por esta razón se llaman encolures Robespierre. Para el frío sería ideal, pero esta ocurrencia para los días aplastantes de enero es ridícula y fuera de tono. Creo que se debería dejar esta innovación para más adelante; pero me temo ver alguna sudando la gota gorda con tal de ir a la última moda: allá ella.

Las toilettes que vamos a ver en taffetas, son muy flexibles, parecidas a la muselina, y para que se le parezcan más todavía, las modistas le quitan el apresto planchando mucho el taffetas. Se adornan con cintas de terciopelo angostas y pegadas lisas. Pero la novedad se verá sobre los cinturones que moldearán las caderas bajando mucho y recordando, desde todo punto de vista, lo que antiguamente se llamaban Bayadères.



Estos anchos cinturones son graciosos cuando ciñen un cuerpo bien hecho. En tono liso, sobre un traje camisa todo bordado, es encantador; pero las aconsejo no llevarlo nada más que bajo un abrigo, pues carece de discreción para andar a pie por las calles y, además, es llamativo.

Pero volvamos a nuestros modelos de hoy.

¿Qué os parece la gran capa adornada con flecos de lana, tan de moda, y de que hemos tratado en nuestra anterior crónica? Es de gran necesidad para la primavera, pues hay todavía días frescos y noches frías. El género puede ser de media estación; aquí se ha empleado la burre, y está montada sobre un canesú redondo, adornado con varias hileras de flecos, hechos con el mismo tejido.

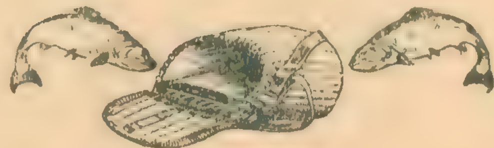
La toilette de satin negro situada más abajo, cierra a un costado por medio de cinta de metal oro viejo, con borlas. Las mangas y el cuello embudo son en tul de color azul-zafiro, bordado en oro. Sobre los costados de la falda, efecto de coquillé.

Al lado veréis un traje sastre en taillaine, adornado, también, con flecos hechos con el mismo tejido.

El grupo superior vienen a ser tres tailleurs de gran moda, siendo uno a cuadros de fondo arena, con azul y negro. La chaqueta va adornada con un flequito y se abre sobre un chaleco de fondo blanco con rayas negras y azules.

Con el mismo adorno va el otro modelo, y es de lana color carey, adornado con un chaleco azul porcelana.

A. de DAUMONT.



LA CHICA DE LA CAJA

El teatro Real estuvo aquella noche como en sus mejores tiempos, según dijeron al día siguiente los revisteros. Al concluir la ópera, el pintor valenciano Francisco Chelva, recién llegado de París, donde ganaba un dineral, y su amigo Mariano Marchena, hijo de un riquísimo banquero andaluz, y muchacho enamoradizo hasta lo inflamable, salieron juntos a la calle después de permanecer largo rato en el vestíbulo pasando revista a los grupos de señoras magnífica y elegantemente vestidas que esperaban a que sus coches se fueran aproximando a la puerta.

—¿Conque tanto te gusta la de Talar?—decía Chelva mientras entraba en la calle del Arenal.

—Como no me ha gustado ninguna —respondía Marchena.

—Pues cúrate, hijo, y que se te quite el capricho, porque esa ni es para ti ni para nadie, más que para su marido.

—¡Quién sabe!

—No te forjes ilusiones. Mira: en vez de tomar chocolate en cualquier café, sube un rato a mi cuarto de la fonda, donde nadie ha de importunarnos; te daré una taza de té, que hago mejor que una inglesa, y sabrás, de esa mujer, cosas que te quiten las ganas de pensar en ella con malas intenciones.

—¿Vas a contarme una novela?

—La pura realidad, pero algo novelesca.

—Sea como quieras.

Subieron a una de las fondas que hay en la Puerta del Sol, entraron en el cuarto de Chelva, pidió éste agua hirviendo, sacó su té y su tetera con otros preciosos bártulos, y como hombre acostumbrado a viajar mucho, procurándose delicadezas impropias de mozos y camareros comenzó a servir a su amigo, poniendo sobre el velador que tenía delante un plato de galletas, al mismo tiempo que hablaba de este modo:

—Escucha, y dime luego si crees que esa mujer es una mujer vulgar...

—Capítulo primero — interrumpió Marchena.

—Hace doce años vivía yo, aquí en Madrid, en una casa de la calle del Prado, sin más recursos que los treinta duros mensuales que me mandaba el tío que me sirvió de padre; ¡figúrate las escaseces que pasaría! mal vestido, peor comido... cuando tenía para lienzo me faltaba para colores... rabiando por no poder pagar modelos... en fin, no quiero acordarme. En el piso principal de la misma casa había una modista que debía de trabajar mucho, porque daba labor a doce o diez y seis oficiales y aprendizas jóvenes, viejas, guapas y feas, modosas achuladas, que a las horas de entrada y salida armaban un barullo tremendo. Además, tenía la maestra a su servicio una chiquilla de catorce o quince años que iba a las tiendas a pedir muestras, hilos, sedas, cintas y forros, y acompañaba a la oficiala mayor, llevando al brazo pendiente de una correa, una caja enorme de hoja de haya con cubierta de hule negro, cuando era preciso ir a casa de las parroquianas a probar o entregarles ropa. Como en todos los talleres, la llamaban "la chica de la caja". Yo me la encontraba en la escalera dos o tres veces al día. Era monísima; de tez pálida, naricilla graciosa, boca pequeña, pelo y ojos muy negros, cuerpecillo esbelto y andar airoso; el tipo de la madrileña fina aunque pobre; de facciones delicadas y mirar inteligente, algo descaradilla, pero sin sombra de malicia. No necesito describirte con muchos detalles cómo iba vestida; traje viejo de lanilla raída; medias de algodón encarnado, descoloridas a fuerza de lavaduras; y zapatos que, si nuevos, eran ordinarísimos; y si de buen material, mostraban, por lo usados y grandes, no haber sido hechos para ella. No puedes imaginar figura más interesante ni más simpática.

—Estamos en plena novela del género cursi—dijo Marchena al llegar aquí su amigo; pero éste, sin hacerle caso, continuó:

—Uno de los muchísimos días en que yo estaba harto de llevar a los periódicos ilustrados dibujos que me rechazaban y de retratar a los amigos que presumían de críticos, me la encontré en el portal. Era un domingo por la mañana. Salía yo a tomar el sol y volvía ella de entregar. Estaba preciosa, y me agradó tanto, que de pronto se me ocurrió pintar algo con ella, hacer una cabeza, un estudio cualquiera en que me sirviese de modelo; y como no podía importarme que se negase, le dije de buenas a primeras: "Oye, nena, ¿quieres subir conmigo para que pinte por ti una figura? Anda, si vienes, te regalo un pañuelo de seda con rayas encarnadas y azules". Me miró sorprendida, y repuso: "¿Todo el día?" "Dos o tres horas, y otro día, otro poco". "Bueno; pues voy a devolver la caja". "No—le dije yo;—con caja y todo; pídele permiso a la maestra, y arriba te espero". Hízolo así, y la modista, conociéndome, se lo dió. Subió, la coloqué a buena luz, como Dios me dió a entender, y comencé a trabajar. Mientras pintaba, para que no estuviera inexpresiva su fisonomía, la hice hablar. Se llamaba Antonia.

—¿Pero era ésta, esta misma? ¿la señora de Talar?

—Déjame seguir, o no te cuento nada. Era huérfana; su padre había sido portero de un ministerio; a su madre nunca la conoció y vivía con una tía abuela, la cual, a pesar de la prudencia temerosa con que de ella hablaba la niña, comprendí que debía de ser una vieja borracha. Antonia ganaba entonces dos reales diarios, o sean tres pesetas a la semana, porque el domingo no cobraba.

—¿Pero estás seguro de lo que dices?

—En aquella tarde y luego en dos días de fiesta que vinieron seguidos pinté con Antonia una figura... ya sabes que no me ciega el amor propio... pues bien, te digo que es lo mejor que he hecho.

—Ya se podrán dar hoy por ella unos cuantos miles de francos.

—Está la chica de cuerpo entero y tamaño natural, apoyada en una puerta de cuarterones que le sirve de fondo, con la caja al brazo y mirándose en un pedazo de espejo roto que tiene en la mano izquierda, al mismo tiempo que con la derecha se alisa el pelo. Te digo que es lo mejor que he hecho.

Pocos meses después conocí a don Alberto, el hombre bueno y generoso que ha sido mi protector; me pensionó y me marché a París. De cuanto tenía en mi estudio de Madrid, sólo dos cosas me llevé a Francia: un retrato que hice a mi madre semanas antes de morir, y la figura en que Antonia me sirvió de modelo; lo primero no hay que decir por qué; lo segundo porque estaba encariñado con aquel trozo de pintura. A los cinco años de estar en París, después de haber retratado a media docena de aventureras, dos grandes damas y una actriz famosa, todo merced a la protección de don Alberto, comencé a trabajar lo que no soñé nunca.

—Y hoy no haces un retrato por menos de quince o veinte mil francos.

—Hasta aquí la primera parte de esto que te parecía novela... y ahora te lo parecerá más. Dos años después de mi partida de Madrid, es decir, cuándo tendría Antonia diez y seis o diez y siete años, se enamoró perdidamente de ella el hijo de un comerciante dueño de una gran tienda de sedas; el chico había estudiado para médico; pero comprendiendo que el comercio era más productivo que la ciencia, se decidió a ayudar a su padre, haciendo viajes al extranjero, en busca de géneros, viajes con que se instruyó y educó mucho. Su amor fué verdadera pasión, y se casó con Antonia; de modo que en poquísimo tiempo, la humilde aprendiza, "la chica de la caja", pasó del completo abandono y peligrosa libertad en que había quedado por la muerte de su tía, a ser toda una señora: cátatela burguesa rica y esposa mimada. Con diferencia de pocos meses murieron luego el padre y un tío riquísimo y sin hijos del

EL SPORTMAN EN APUROS



—Soy capaz de poner la pelota sobre el vidrio de mi reloj y hacerla saltar de un golpe sin tocar el vidrio.
—Aquí está su reloj, señor. ¿Quiere probar?

CUBISMO



—¿Qué representa ese cuadro?
—Sólo Dios lo sabe...
—¿Quién se lo dijo?

marido de Antonia; en una palabra, el hombre era millonario, y como estaba cada día más enamorado de su mujer, no necesito añadir que aún le parecía poco para Antonia aquella enorme fortuna. Entonces, esa innata predisposición que tienen muchas, por no decir todas las hijas de Eva, para amoldarse a nuevo género de vida, costumbres y maneras, cuando por buenas o malas artes ascienden en la escala social, transformó pronto a Antonia en señora fina, elegante y distinguida. Parecía haber nacido para gastar y lucir aquellos trajes que antes llevaba en la caja del taller a las parroquianas de su maestra. Te diré, además, que el marido, a fuerza de habilidad, discreción y cariño, hizo cuanto pudo para favorecer y desarrollar aquella transformación, sirviéndole de maestro y corrigiéndole con ternura cuando por ignorancia o descuido incurría en errores o faltas que pudiesen atraer sobre ella la censura o el ridículo; de suerte, que entre el instinto de la mujer y la discreción del marido, fué completa la metamorfosis. En fin, ya la conoces; si no te lo asegurase yo, no creerías que esa criatura, a quien tan bien sientan los encajes y las joyas, que se expresa tan finamente y tiene modales tan distinguidos, no creerías, te digo, que ha sido hasta los diez y siete años chica de hacer recados en un obrador de modista, lo que con una palabra muy gráfica llaman los franceses "un trotin".

—¡Nadie lo diría!

—Pues ahí la tienes, que parece nacida en un palacio; hasta casada con un embajador haría buen papel. Y vamos al final. Una de los medios empleados por su marido para lograr todo eso fué hacerla viajar mucho. Su lugar de descanso y su residencia favorita era París. Allí les encontró don Alberto, mi protector, que fué amigo del padre del marido. Había éste visto retratos hechos por mí, le gustaban, supo que me conocía don Alberto, y después de hablar con él, puestos de acuerdo, pero sin haberme contado el origen de Antonia, porque lo ignoraba, les trajo a mi estudio para que la retratase. Al pronto no la reconocí: ¡tan distinta era de lo que fué; ella a mí, en seguida. Difícilmente se me olvidará aquella mañana en que nos encontramos felices, ricos, mimados por la fortuna, los que nos habíamos codeado casi en la miseria. Luego de cruzar conmigo unas cuantas palabras cariñosas, me presentó a su esposo. Después empezó a recorrer el estudio, y de repente, dando un grito de sorpresa y alegría, se quedó plantada ante un cuadro, diciendo a su marido: "Mira; esa soy yo dos años antes de conocernos". Acaba de ver colgada de la pared aquella figura en que me sirvió de modelo cuando tenía quince años, el lienzo de que yo no quise desprenderme porque me parecía que no estaba mal pintado y porque me recordaba una época de mi vida. Se empeñó en que se lo vendiera, y me resistí a ello cortésmente. Le hice el retrato escotada, con vestido de encaje y abrigos de pieles, y su marido al pagármelo, con pretexto de que por empeño mío de acertar había trabajado mucho, me mandó el doble de la cantidad convenida: mi respuesta fué dedicar a Antonia la figura de la aprendiza, como yo la llamaba, y enviársela con un buen marco. Al año siguiente vinieron a establecerse en Madrid. Gastando lo que gastan y viviendo como viven, forzosamente habían de tener pronto muchos amigos: mejor dicho, era natural que se les llenase la casa de esa gente que va donde come bien y pasa agradablemente la noche. Del marido se acordaban muchos que trataron a su padre: a ella nadie la conocía. Como supondrás, la curiosidad que despertó en Madrid fué grande. La cosa no era para menos. Viéndola en paseos, estrenos de teatros, bailes, y otras fiestas, siempre rica y primorosamente vestida, todo el mundo se preguntaba: "¿Quién será, de dónde habrá salido esta mujer, cuyo origen nadie sabe?" Comenzaron las suposiciones y las habladurías, no siempre piadosas: unos decían que era provinciana de humildísima casa; otros que madrileña de familia muy pobre; hubo quien echó a volar la noticia de que había sido criada o niñera, y no faltó quien deslizase la especie de que era una aventurerilla que con su lindo palmito y sus zalamerías había hecho perder el juicio al hombre que cometió la insensatez de darle su nombre.

—Eso es una maldad.

—Supo ella todos aquellos chismes y cuentos, e hizo lo que vas a oir. Desplegando gran lujo, dió un baile; convidó a mucha gente, y durante la fiesta tuvo abiertos todos los salones de su casa, en alhajar la cual parecían haber luchado, sin vencerse, la riqueza y el buen gusto. Sólo dejó cerrado un gabinete cuya puerta, ante la cual pendían soberbios cortinajes, inspiraba grandísima curiosidad. Por fin, ya de madrugada, cuando los convidados, hartos de exquisitos manjares, parecían disimular con el asombro el daño que la envidia les causaba, Antonia detuvo a los primeros grupos que comenzaban a despedirse, diciendo con natural y alegre semblante en voz que todos oyeron: "Amigo míos: nadie se vaya sin ver lo mejor que hay en mi casa; vengan ustedes": Siguióla todo el mundo; llegó hasta la puerta del gabinetito que había permanecido cerrado, y abriéndola de par en par, apareció la estancia profusamente iluminada. En el muro de frente a la puerta, donde los grupos se agolparon, habían colgados dos cuadros; el primero era la figura en que pinté a Antonia como antes te dije: de cuerpo entero y tamaño natural, apoyada en una puerta de cuarterones que le servía de fondo, con la caja al brazo y mirándose en un pedazo de espejo roto que tenía en la mano izquierda, al mismo tiempo que con la derecha se alisaba el pelo. El otro cuadro era el retrato que le hice en París con traje de encajes y abrigo de pieles. Es decir, las dos épocas de su vida. La estupefacción fué general. Entonces, con aquella misma voz sonora y alegre con que les había llamado dijo: "Aquí tienen ustedes los últimos regalos que me ha hecho mi marido: un cuadro para el que serví de modelo cuando a los quince años estaba de aprendiza en casa de una modista, ganando tres pesetas a la semana, y el retrato que me han hecho en París, tal como soy ahora, gracias al hombre que me quiere tanto".

Marchena quedó admirado de lo que oía, y su amigo acabó el relato diciendo:

—Ya ves: quien así se enorgullece de lo que debe y ama a su legítimo dueño, no es fácil que te haga caso. Créeme: "la chica de la caja" es toda una señora.

Jacinto Octavio PICÓN.

Las joyas olvidadas de Mme. Du Barry

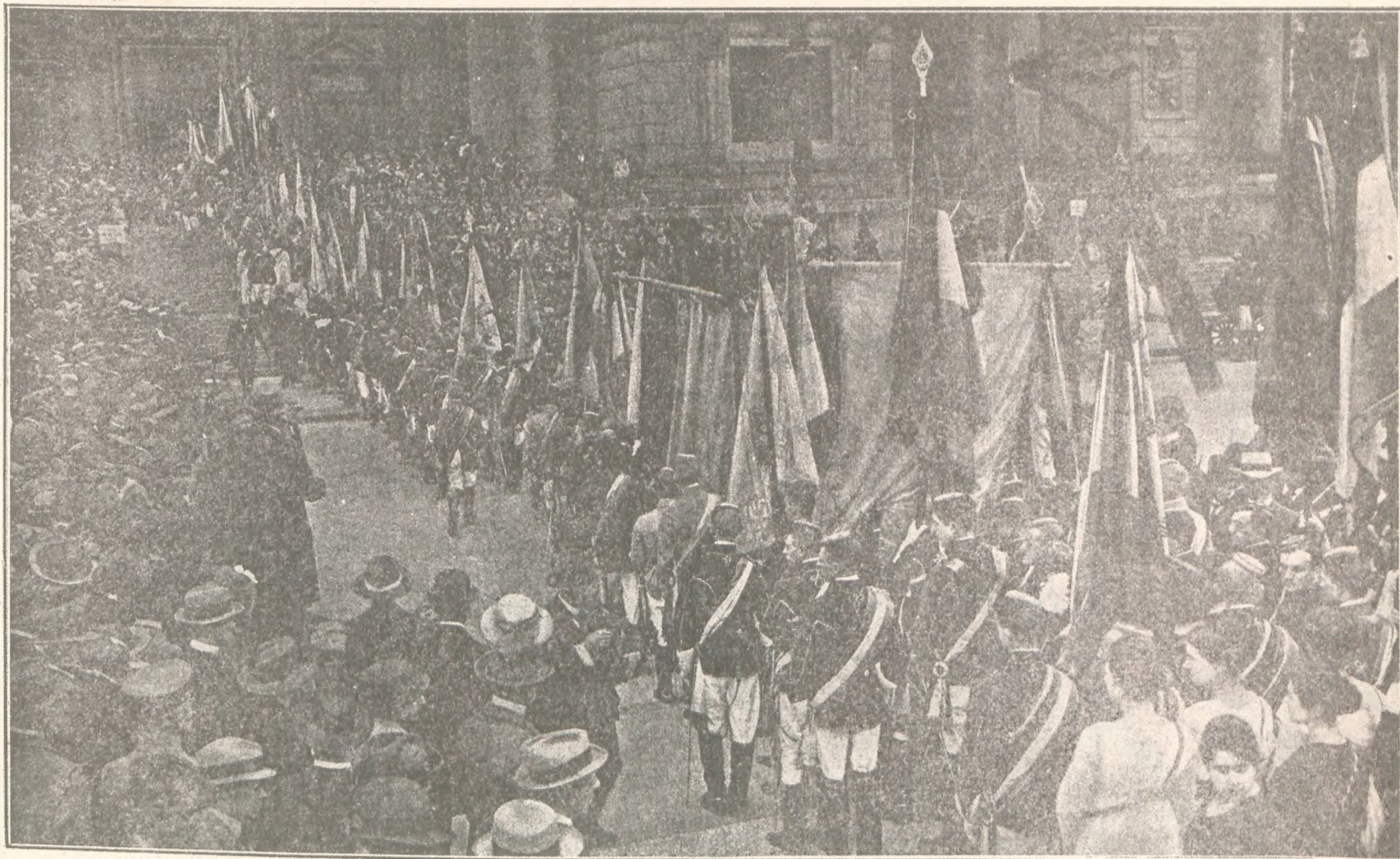
Si se tomara una medida de que los bancos hicieran una información acerca de los depósitos de valor que poseen, es indudable que se resolverían muchos problemas que hasta ahora parecen insolubles, acerca del descubrimiento de tesoros escondidos.

Por ejemplo, es una creencia popular que en los sótanos del banco de Coutt reposan las maravillosas joyas que pertenecieron a Mme. Du Barry y que fueron dejadas bajo segura custodia allí, cuando regresó a Francia, como se ha probado, por última vez; y como el paquete de sus joyas nunca volvió, parece muy verosímil la creencia. Con sus joyas también descansan los valores de muchos emigrados, quienes volvieron a Francia en la época del Terror con la esperanza de salvar algunas de sus propiedades y cayeron víctimas de la guillotina, sin dejar herederos y es posible que tampoco dejaran ninguna información de como sus tesoros habían sido guardados.

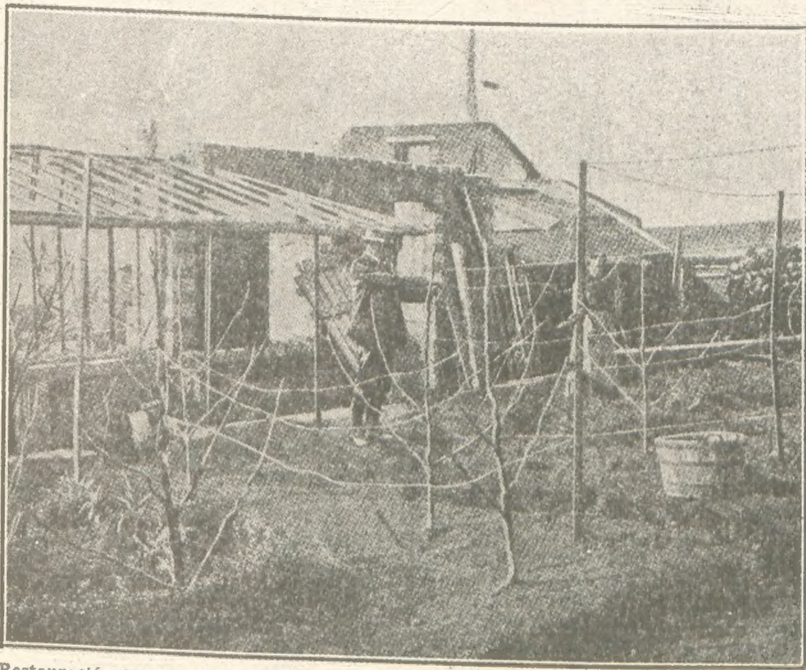
La cascada más grande de Méjico

El agente de agricultura y fomento en Puebla, ha comunicado al ingeniero Pastor Rouaix, secretario del ramo, haber descubierto en las montañas septentrionales de Tezuitlán, en el río Xoloatl, una caída de agua de cerca de mil pies de altura, que se calcula es la cascada más grande en toda la república. La corriente de agua es de más de cinco mil litros por segundo. Se dice que una comisión técnica de la secretaría de fomento estudiará la forma más conveniente de explotar esa poderosa caída, con objeto de aprovechar su fuerza en el desarrollo industrial de la citada población.





Delegaciones de estudiantes universitarios alemanes, con sus trajes tradicionales y banderas, se dirigen a la Catedral de Berlín para asistir a un funeral por los compañeros muertos en la guerra.

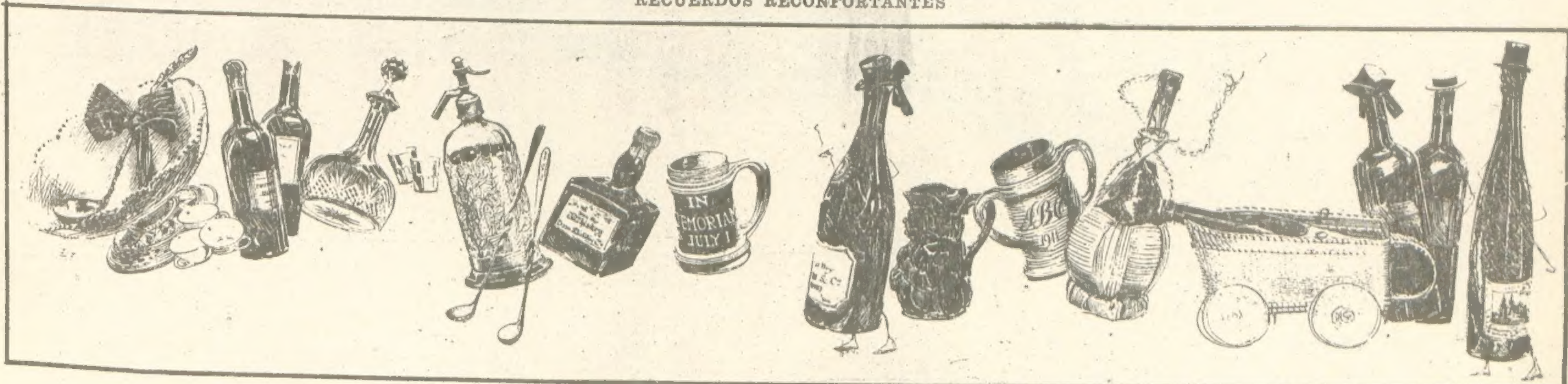


Restauración de las regiones devastadas en Francia. Agrónomos, empleados del gobierno, efectúan plantaciones de árboles frutales que formarán nuevos huertos.



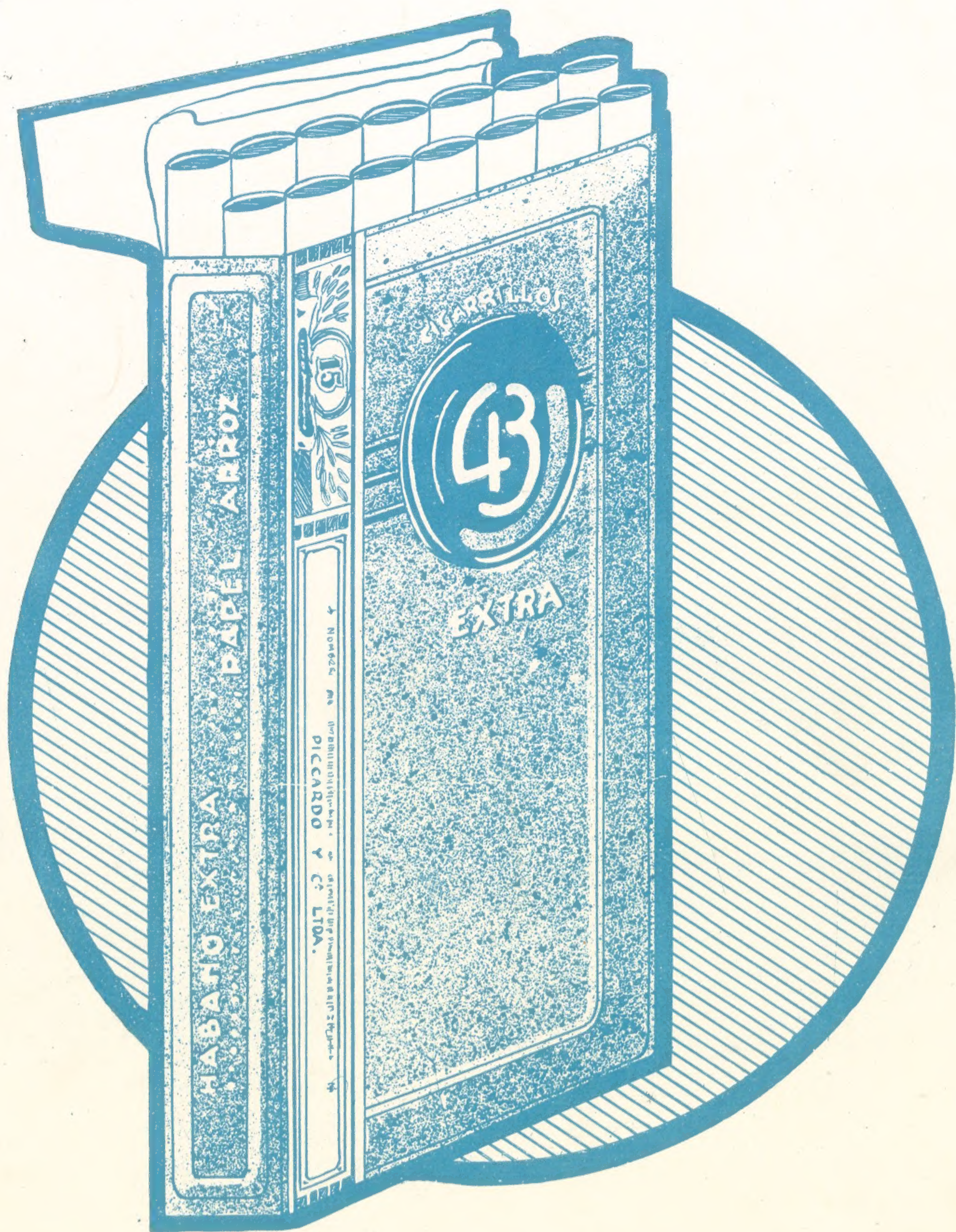
En 1917 los alemanes robaron nueve campanas en Schlestadt, en Alsacia. Tres de ellas han sido recuperadas y reintegradas a la ciudad en ceremonia solemne que dió lugar a una gran fiesta popular.

RECUERDOS RECONFORTANTES



"Pues cualquier tiempo pasado fué mejor."

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires


CIGARRILLOS
43
EXTRA
HABANO EXTRA
PAPEL ARROZ
15
PICCARDO Y Cº LTDA.